

103

46

BARRETT

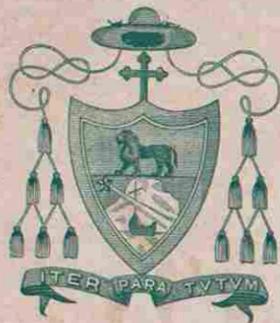
DISCOURS
DE LA
MARCHÉ
DE LA
EMANID

CB10

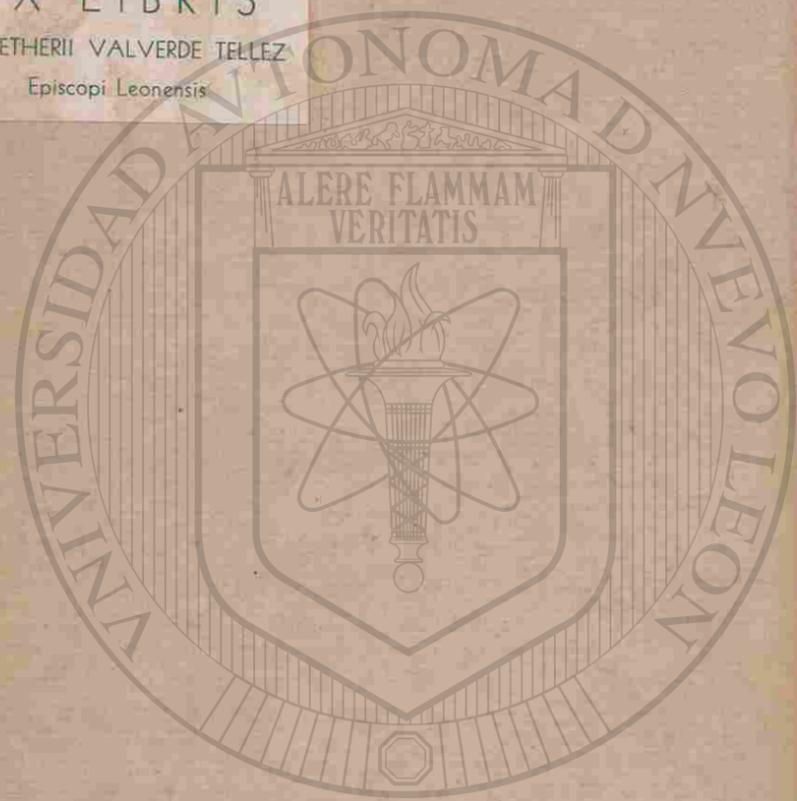
B3

c.1

006446



EX LIBRIS
HEMETHERII VALVERDE TELLEZ
Episcopi Leonensis



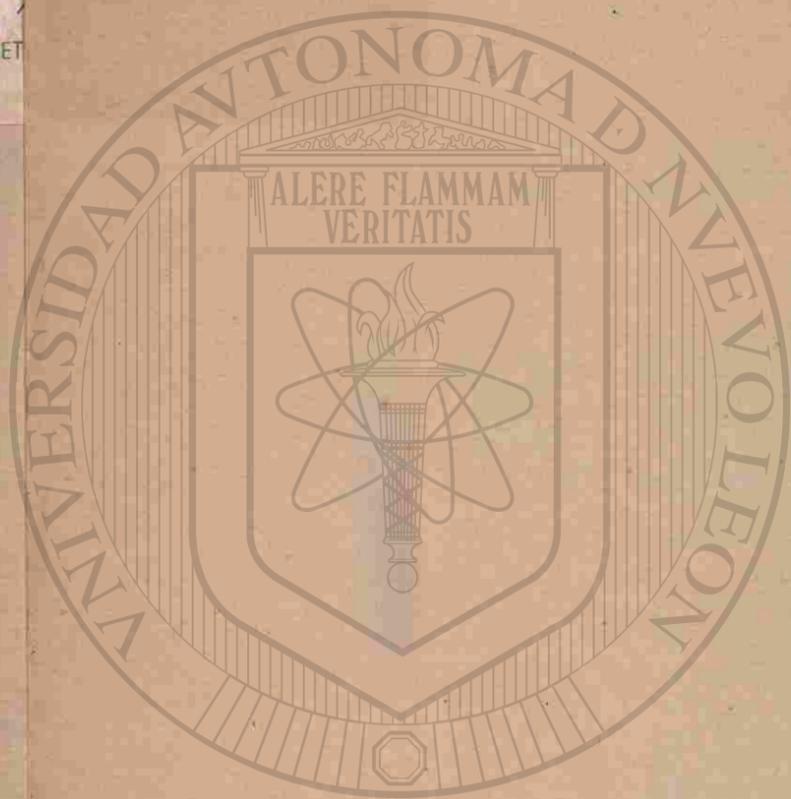
U A N L

UNIVERSIDAD AUTÓNOMA DE NUEVO LEÓN



DIRECCIÓN GENERAL DE BIBLIOTECAS

E
HEMET



UN BOSQUEJO

DE LA

Marcha de la Humanidad,

U A N L

UNIVERSIDAD AUTÓNOMA DE NUEVO LEÓN

DIRECCIÓN GENERAL DE BIBLIOTECAS



Dr. Riquelme
75.4

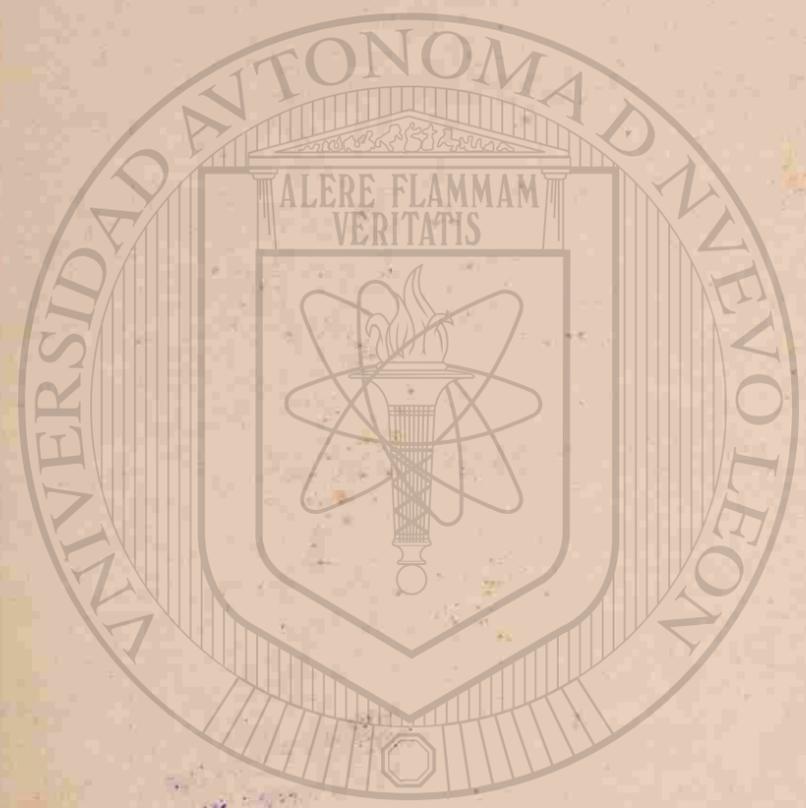
UN BOSQUEJO

DE

La marcha de la humanidad.

POR

JOSE DE SANRRER.



UANI

UNIVERSIDAD DE NUEVO LEÓN
BIBLIOTECA VIVIANO FLORES

UNIVERSIDAD AUTÓNOMA DE NUEVO LEÓN

MONTEREY,

TIPOGRAFIA DEL GOBIERNO EN PALACIO,
á cargo de Viviano Flores.

DIRECCIÓN GENERAL DE BIBLIOTECAS

1890.



Capilla Alfonsina
Biblioteca Universitaria

43404

C B 103

B3



FONDO FLETTERIO
VALVERDE Y TELLEZ



UNIVERSIDAD AUTÓNOMA DE NUEVO LEÓN
DIRECCIÓN GENERAL DE BIBLIOTECAS

ADVERTENCIA:

El trabajo que doy á la estampa en el presente folleto, fué expresamente escrito para el semanario "La Voz de Nuevo León," donde por primera vez vió la luz pública, y hoy con el permiso necesario, lo reproduzco corregido y aumentado.

El Autor.

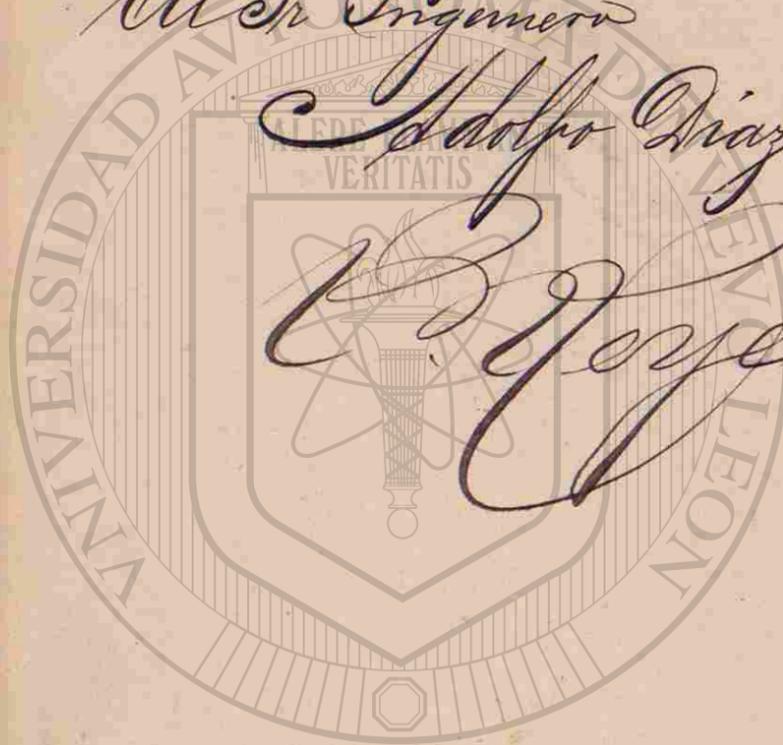
UNIVERSIDAD AUTÓNOMA DE NUEVO LEÓN
DIRECCIÓN GENERAL DE BIBLIOTECAS

006446

Monterrey Arr. E 16 de 1895.
Al Sr. Ingeniero

Adolfo Díaz Ruzama

G. Torres



INTRODUCCIÓN.

Para escribir, como vamos á hacerlo, sobre las luchas efectuadas por la humanidad para alcanzar las costosas conquistas realizadas; luchas y conquistas que significan sus progresos y muestran su civilización, nos hemos alentado con las ideas sintéticas del inspirado Pelletan, en cuyas palabras vibra el sentimiento y fulgura la inspiración. Su libro "La Profesión de fé del Siglo XIX," nos ha sugerido el deseo de escribir esta vez casi extractándolo, siguiendo ceducidos la estela de aquel genio en el desarrollo progresivo de un trabajo que para ilustrarse, nos ha exigido hacer consultas diversas; mas debemos ser muy concisos, para hablar sobre asuntos de esta naturaleza desde las columnas de un periódico, que demanda ante todo la brevedad; por esto es que en reducida serie de artículos, nos proponemos trazar en rápidos bosquejos las principales etapas del progreso humano.

Al tocar las cuestiones religiosas en que Pelletan se profundiza en su libro, nosotros nos limitamos á hacer referencias sobre los acontecimientos históricos relativos, y los últimos de nuestros capítulos, aunque desarrollando las moralizadoras y bellas teorías del progreso por el trabajo, que son el ideal que el autor á que nos referimos propaga, se separan sin embargo del plan de su obra.

Dicho esto, entraremos desde luego en materia, dedicando nuestras primeras líneas al escenario donde se desarrolla el drama.

I.

Immense, dilatándose en el espacio y empezando á condensar en agua los sombríos vapores que lo envolvían, así debió estar el mundo informe en su primera edad, cuando ya había efectuándose la concentración del fuego. La luz del Sol no podía penetrar con sus dorados rayos hasta su viscosa superficie á virtud de lo espeso de aquellos vapores; pero el fuego volcánico surgía por muchas partes é iluminaba esa superficie con los lívidos colores de sus temblantes llamas, que terminaban en negros penachos cargados de carbono.

El gigante nubarrón ebullente, coloreado por llamas en puntos distintos, arrastrado por la fuerza de la mecánica celeste, volaba rápido y girando sobre sí mismo, se amasaba, se torneaba por decirlo así, tomando con tal evolución y á consecuencia de las resistencias que hallaba en su vuelo veloz, la forma esférica que se perfeccionaba más y más. Los vapores al irse condensando, cayendo en in-

mensas cataratas, apagaban aquí y allá volcanes mugidores; y aquellas aguas al fin, derramadas en grandes extensiones, se mecían sobre la superficie con espantoso estruendo, hasta que al hallar su nivel determinaron la formación de los mares.

La tierra blanduja en las planicies, más dura en las partes altas, al solidificarse, perfeccionaba el tipo del mineral, con sus líneas rígidas, geométricas, contribuyendo á esto el fuego interior que no dejaba de respirar por cráteres diversos.

Después de fatiga tal en los elementos, separadas las aguas, y la tierra presentando sus llanuras y sus montañas con volcanes de léjos en léjos, la atmósfera que empezaba á descargarse, menos densa daba paso ya, aunque apenas, á la luz del sol, que casi sin color alumbraba el escenario de la creación, en el que á virtud de las evoluciones sucedidas se preparaban los gérmenes del vegetal; y apareció éste cual nuevo progreso en los pantanos, como una lama que fué tomando forma y color conforme el Sol podía alumbrar más vividamente la tierra, para pintar sus primeras producciones. Las corrientes de fluido, de fuego y de agua que sus entrañas recorrían, elaboraban más y mejor los minerales en ascendente escala, y las trasformaciones presentaban la

estalactita, el mármol, el ópalo; el plomo, el cobre, el fierro, la plata, el oro y el cristal en variada serie y hasta el brillante. La vegetación incipiente en tanto crecía y se multiplicaba invadiendo portentosa y gigante la superficie de la tierra, trepando hasta las más altas montañas. Las algas del pantano, los hongos, dieron paso á la yerva, ésta al arbusto y el arbusto al árbol gigante; y cada variedad, ó dió sus pintadas y aromosas flores ó sus frutos. El infusorio, el primer sér animal, apareció en las aguas y en el follaje, y hé aquí que la creación da principio al sér por excelencia, al sér que siguiendo en marcha progresiva las obras de la naturaleza, llega al animal vertebrado: el animal que dispone de la locomoción para trasportarse y es dueño por eso de las extensiones; y si empezó por vivir en una especie de letargo, tuvo después ráfagas de somnambulismo y luego instinto y al fin casi inteligencia y la voluntad en varias de sus manifestaciones infinitas.

Mas la creación entera tenía que pasar por el crisol de purificación más perfecta, y las aguas, no bien estacionadas en la tierra y los gruesos vapores oscureciendo el cielo, determinaron otros imponentes movimientos, conocidos con el nombre de diluvios: bajo las arenas arrastradas por las impetuosas corrientes

del líquido elemento, quedaron casi todos los grandes bosques sepultados; y aquellas maderas petrificadas por los siglos, habían hoy de proporcionarnos la hulla que alimenta las industrias de los presentes días.

Pero pasados esos cataclismos, el cielo purificado, la tierra mejor preparada, presentó campo libre á la evolución progresiva en la interrumpida marcha de la naturaleza, que reprodujo y aumentó sus anteriores obras.

El agua con sus corrientes sonoras, el mineral con su brillo, las plantas con sus flores ó sus frutos, el animal con sus variadas formas, con su lenguaje en que así se oye el rugir de la fiera como el cantar melódico del ave, todo atestiguaba el progreso; y en concierto mágico, en las primeras auroras de la vida, todo levantaba himnos á la creación, que acariciaba con ondas armoniosas de perfumada frescura la brisa, y el Sol con sus besos de dorada luz.

El mundo después de siglos y siglos estaba hermoso, trasformado y contenía en sí todos los elementos para una vida superior á la del irracional: faltaba la última expresión de la naturaleza.

El hombre desde ántes de la época diluviana aparece y lleva de la mano á su eterna compañera en qué molde fué forma-

do? Esta interrogación está abierta al porvenir; pero en el hombre se ven todas las sustancias de la tierra, todos los colores del cielo, como si cuanto existe hubiera contribuido con esmerado celo á su formación. La línea le da sus ondulaciones más graciosas y elegantes, el color sus tintes más puros, más frescos. Se yergue esbelto el tronco de su cuerpo sobre dos columnas de ligero y breve zócalo y se dilata su ancho pecho donde el corazón reside; sus brazos flexibles, musculosos llevan en los extremos las manos modeladoras, hechas para todas las industrias y para todas las artes; para manejar las armas y para las más suaves caricias. Y coronando el conjunto se levanta la pensadora cabeza esférica; hermosa con su cabellera, y con esa faz armoniosa que es á todo el cuerpo como la flor á la planta; lo mejor, lo más bello y expresivo.

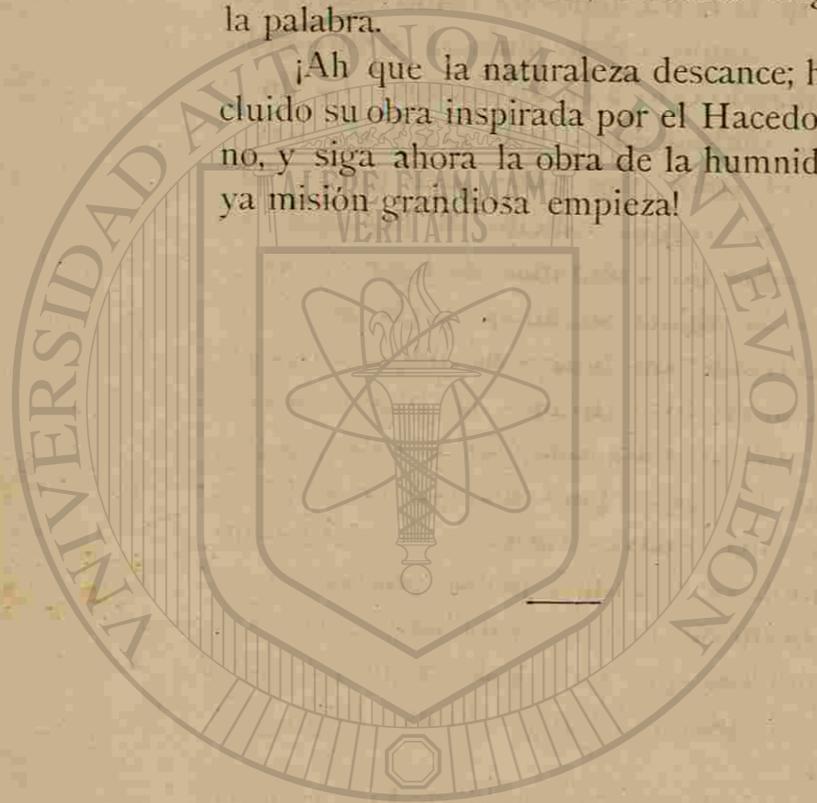
La epidermis del hombre, fresca, suave sonrosada, tiene abiertos los delicados poros y está dispuesta á absorber todas las voluptuosidades de la sensación. El hombre, dueño del espacio por el movimiento, será el dueño de cuanto él contiene en el mundo, y lo será del tiempo por su duración; lo abarcará en el pasado por el recuerdo y en el por-

®

UNIVE
BIBLIOTECA
BIBLIOTECA FINEAN Y BARR

venir por la previsión. El sublime pensamiento lo ilumina con divina luz, y servirá de instrumento á su razón, el acento mágico de la palabra.

¡Ah que la naturaleza descance; ha concluido su obra inspirada por el Hacedor divino, y siga ahora la obra de la humildad cuya misión grandiosa empieza!



UNIVERSIDAD AUTÓNOMA DE NUEVO LEÓN

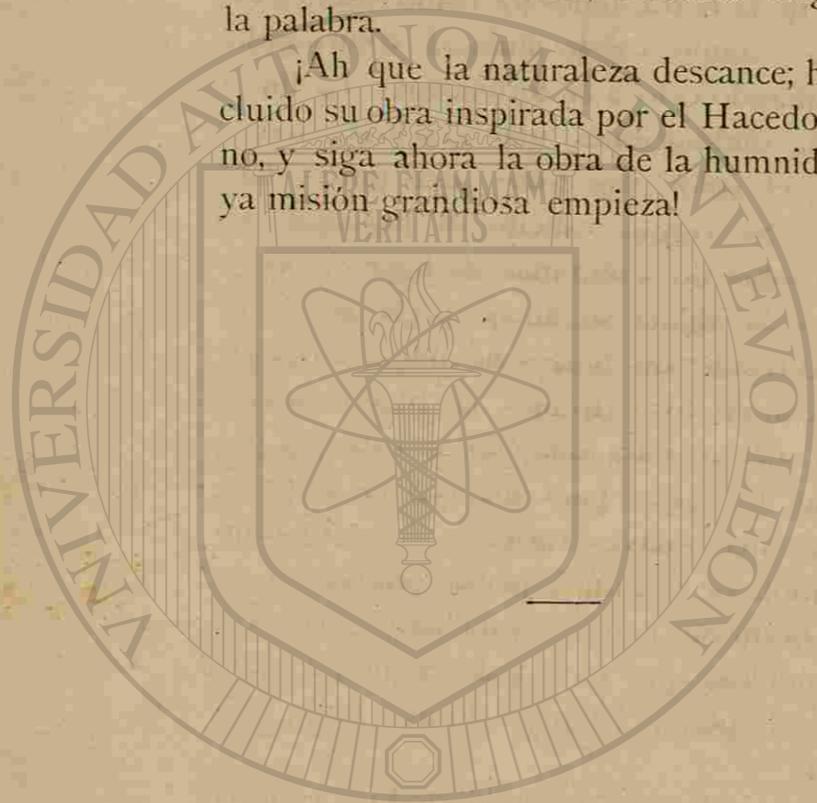
DIRECCIÓN GENERAL DE BIBLIOTECAS

II.

El hombre primitivo, en la tierra, come el fruto del árbol, bebe el agua del manantial y duerme bajo la misma copa de aquel árbol que lo alimentó; pero por su propensión ingénita quiere dominar en lo que le rodea y se ve rodeado por una naturaleza bravía, y está circunscrito al reducido espacio, único en que no encuentra obstáculo á su marcha recelosa, como la del que ignora y teme de lo que hay más allá. Mira por todas partes abrirse abismos á sus piés, levantarse montañas, cerrarle el paso gigantes selvas salvages de furiosa exuberancia; y al llegar la noche oye el rugido de las fieras y otros mil ruidos para él inexplicables y cuyos ecos forman un acento aterrador. Llega el momento en que el árbol descansa y no fructifica, la época en que el frío ó el agua azota las carnes descubiertas del sér humano, y entónces buscando entre lo que está cerca de sí, come las yerbas, las raíces y se cubre con parte de ellas; más al fin no satisfecho siente el hambre en sus entrañas.

venir por la previsión. El sublime pensamiento lo ilumina con divina luz, y servirá de instrumento á su razón, el acento mágico de la palabra.

¡Ah que la naturaleza descance; ha concluido su obra inspirada por el Hacedor divino, y siga ahora la obra de la humildad cuya misión grandiosa empieza!



II.

El hombre primitivo, en la tierra, come el fruto del árbol, bebe el agua del manantial y duerme bajo la misma copa de aquel árbol que lo alimentó; pero por su propensión ingénita quiere dominar en lo que le rodea y se ve rodeado por una naturaleza bravía, y está circunscrito al reducido espacio, único en que no encuentra obstáculo á su marcha recelosa, como la del que ignora y teme de lo que hay más allá. Mira por todas partes abrirse abismos á sus piés, levantarse montañas, cerrarle el paso gigantes selvas salvages de furiosa exuberancia; y al llegar la noche oye el rugido de las fieras y otros mil ruidos para él inexplicables y cuyos ecos forman un acento aterrador. Llega el momento en que el árbol descansa y no fructifica, la época en que el frío ó el agua azota las carnes descubiertas del sér humano, y entónces buscando entre lo que está cerca de sí, come las yerbas, las raíces y se cubre con parte de ellas; más al fin no satisfecho siente el hambre en sus entrañas.



y la necesidad del alimento le hace dominar sus temores y se atreve á apartarse más y más de su mansión, trasformándose en cazador, y con los pequeños animales que caen á sus manos satisface su necesidad: va dominando en sus correrías más extensión, y la experiencia le enseña que aunque nació desarmado para el combate por la vida, un palo, una piedra puede servirle para abatir á otros seres, y le sugiere esto la idea de formarse una arma, adhiere entónces el pedernal á una fuerte vara y tiene la lanza y por medios semejantes forma el arco y fabrica la flecha. A la herida de sus armas cae á sus plantas la fiera cuya piel recoge para que le sirva de abrigo, Acaso en mucho contribuyó también el natural pudor del hombre para cubrirse, pues que siempre espiritual, oculta hasta las funciones que al irracional lo acercan.

En tanto tales progresos con afanes se realizan, el sér humano más multiplicado se asocia, y reunidos varios individuos, rodeaban el soto y con más facilidad hacían su cacería dividiéndose entre sí la sangrienta ración que á cada cazador tocaba: tal debió ser el principio de la sociedad y tal el de la propiedad sobre la pieza con avidez recogida para el alimento.

Ahullidos más ó menos significativos en que sólo sonaban las naturales aspiraciones de la vocal, servían de signo entre los hombres primeros para entenderse en sus faenas, y á aquellos fueron agregándose modulaciones, según las tareas se multiplicaban, empezando de este modo á formarse el lenguaje.

El temor por lo desconocido debió formar el principio de la religión, y es por esto por lo que los primeros dioses de los hombres, nacidos de una imaginación atemorizada por la naturaleza, fueron dioses terribles á que sacrificaban víctimas humanas para aplacarlos. ¡Qué camino tan escabroso y tan difícil, qué luchas tan multiplicadas por el alimento y un abrigo insuficiente, qué idea tan pobre de un sér superior! Y con sus groseras armas y sus groseras creencias, el cazador jadeante, con los piés ensangrentados, mal cubierto con la piel de la fiera y con un trozo de cruda carne por ración, refugiado en una grieta de la montaña, era sin embargo ya un sér civilizado respecto de aquel que comía solamente las yerbas, y que vimos desnudo y desarmado debajo del árbol, al empezar la vida de la humanidad.

La nube en medio de la tempestad, arroja el rayo atronador desde los cielos y destroza los más gigantes árboles, y al espantoso estruendo huyen todos los seres si no quedan

pulverizados; pero el hombre vuelve la vista para darse cuenta de lo que pasa y vé el madero roto y encendido, y lo mira atentamente apoderándose de él al fin. El fuego de aquel madero ha venido á su servicio, y de pronto le ayuda á sufrir la estación helada, á calentar y cocer el alimento que ántes crudo devoró. Aquel fenómeno meteorológico lo hizo tal vez creer en un mensajero celeste, pensar en la divinidad, y adoró al fuego que tan terrible á sus ojos se presentara y adoró por similitud al astro del día. ¡Quién sabe cuales serían sobre este punto las ideas de una mente preñada de dudas, de temores y envuelta en la sombra espesa de la ignorancia!

El sér humano, sin embargo, empieza á tener conciencia de su fuerza, y tranquilizado á este respecto, puede observar á los animales que le rodean: advierte que entre ellos los hay pacíficos, sociables, y entónces los reúne y los conduce según las estaciones á los lugares donde los pastos apropiados se encuentran. Aquellos animales que primero se docilitaron fueron las ovejas y las cabras.

El hombre por tal manera se hizo pastor y ya tenía seguridad del alimento, pues no le era preciso ir á buscarlo al azar en sus cacerías; los ganados se reproducían y aseguraban la ración para el porvenir. Dedicó á ellos su cuidado por el día y su vigilia por la noche;

y estando siempre á la intemperie, observó la notable marcha de las estrellas: principiando por saber con su movimiento cuáles eran las horas próximas á la salida del esperado sol, empezó á deletrear en el gran libro del cielo la ciencia de la astronomía.

A la carne de sus comidas venía uniendo la fruta y legumbres que no había abandonado, y con desahogo pudo ceder de ellas el sobrante á otro sér que hambriento y husmeando, se le presentó para servirle en sus faenas pastoriles, y fué desde entónces el perro, el fiel servidor del hombre.

El asno significó otra gran conquista; éste por su mansedumbre soportó sobre sus lomos el peso de las provisiones que el pastor hacía para trasladarse con sus ganados de uno á otro lugar, y alivió de este modo al hombre de aquel trabajo agoviador.

El pastor escudriñaba los pastos y pudo advertir la semilla, y pudo ver que donde caía brotaba de nuevo multiplicada sin fin; con esta experiencia comprendió que podía dejar su fatigosa vida errante si sembraba aquel cereal para sus ovejas y para él, y así se hizo labrador y levantó un hogar. Cerca de éste llevó el ganado y cultivó la siembra.

La mujer, ya descansada de la anterior afanosa vida, del vellón de la oveja hizo con la rueca el hilo y con el hilo el lienzo que sir-

vió de más completo abrigo, y el hombre agradecido vió en ella una industriosa esclava. Por que ¡ha! la muger había vivido hasta entónces en medio de su debilidad, cuando se necesitaba fuerza para todas las faenas del pastor y el cazador, la vida miserable de la extenuación y del cansancio, y se le había considerado inútil y sólo capaz para la rápida unión sexual, que indistintamente se efectuaba, sin que el padre llegara á saber cuál fuese su hijo.

El hombre ya labrador, defendido de la intemperie por la habitación, con más elementos de vida, con mejores abrigos y con la mujer reconocida casi como compañera, formó la familia y atendió á la prole. Fué entónces la mujer una propiedad que se dió á cambio de ganado ó de tierra labrada, pero una propiedad que el hombre encariñado consideró al fin como la mejor. Dentro de la casa, la mujer ántes extenuada, se robusteció y creció en belleza á los ojos de su señor: sus hijos serían ya cuidados y atendidos, el ser humano se desarrollaría mejor. . . .

El hombre labrador, acercó á sí los árboles frutales y formó la huerta, avicinó, como dijimos, á la habitación el rebaño, aumentándolo con el buey que le ayuda á labrar la tierra y le deja al morir su carne y su piel; y dió hospitalidad al asno y al perro que le habían

servido y le siguieron sirviendo. Con el grano que cosechó atrajo a la paloma y al gallo y las aves domésticas dieron más vida y movimiento á su mansión.

Pero cada nueva conquista había sido obtenida por una lucha; cada una de las comodidades que alcanzaba significaba un mérito. Tal es la ley del progreso.

Diversas semillas cayeron á manos del trabajador, que las cosecha para hacerlas producir, y los racimos de uva fueron también á adornar su huerta: comprimiendo aquellos racimos recogió las olas de púrpura que lloraban; y ese licor, fué nueva sábia de vida que se asimiló con fruición, pues al beberlo sentía placer, inspiración y fuerza.

Al hablar de esto dice con su poético, espiritual lenguaje Pelletán "El invierno podía ya llegar á extender su sombra de tristeza sobre la tierra, el hombre había guardado en su copa de barro gotas donde estaban condensados los rayos del sol ausente. Un fuego invisible pasaría de boca en boca en el festín, uniendo todos los corazones en la misma alegría."

Reposemos ante la contemplación de este plácido cuadro, ya que tan fatigosamente llega el hombre al instante histórico que presenciemos.

III.

Reflexionemos un instante ántes de seguir á la humanidad en su marcha.

El hombre, que siendo cazador sacrificaba á su Dios una víctima humana para aplacar lo terrible, llegando á ser menos desgraciado á virtud de sus propios esfuerzos en la época pastoril, consideró á la divinidad benigna y redimió la víctima humana, con el sacrificio del carnero; y al ser labrador, vislumbrando ya el bienestar y conociendo algo de lo bueno que en sí tiene la naturaleza, que ántes le espantaba y después favorecía sus siembras, en vez del sangriento holocausto presentó por ofrenda las primicias de sus bienes. Se vé como el sér humano al civilizarse, al sentirse menos infeliz, vá santificando sus pensamientos, siendo ellos el reflejo del estado en que su espíritu se encuentra, y así vá dando forma de bondad á sus ideales.

Desde que estos se elevaron, de un modo natural se suavizaron sus instintos: Primero al luchar un hombre con otro, con la vida pagaba el vencido la victoria, y más tar-

de las tribus de pastores ó las agrícolas, no matan después de la refriega y sólo reducen á la servidumbre al enemigo prisionero si es útil para la faena; mas entónces para aprovecharse de su trabajo, ya podían contar con la sobra de su alimento que en anteriores tiempos tan escaso fuera.

A esa consideración obedeció sin duda la redención de la vida humana, aunque fuese á cambio de la esclavitud.

Sin los progresos, pues, obtenidos por el trabajo, la vida del primer sér de la creación nunca habría sido respetada, y la sublime hora en que se dió ese primer paso debe ser siempre bendecida.

En otro orden de ideas, debemos considerar en nuestras reflexiones la falta de individualidad de los primeros seres humanos: eran una unidad reproducida en monótona serie, siendo cada criatura la copia de la otra en todas sus manifestaciones, careciendo hasta de nombre propio, pues cada grupo llevaba el del lugar donde hacía sus correrías ó si acaso el del Jefe de su tribu.

Hasta la época de la agricultura es cuando comenzando lentamente á dividirse el trabajo, vá por ello diferenciándose la personalidad y tomando un distintivo; y la especialidad de la faena hace que cada cual alcance una relativa perfección en ella, pudiendo con más bre-

vedad desempeñarla, sobrando de este modo tiempo para el descanso y hasta para el soláz. La inteligencia, desde el instante en que el hombre no estuvo abrumado por la constante fatiga, empieza á desarrollarse teniendo campo para observar y deducir.

Estas naturales reflexiones inspiran los períodos de la vida humana de que hemos hablado, y tomadas en cuenta, prosigamos nuestra narración.

Las maderas encendidas revelaron cómo podía prolongarse la existencia de la luz en medio de la noche, y el agricultor exprimiendo la aceituna encontró el denso líquido que había de alimentar la lámpara, rayo de luz que se robaba al sol, y que después de descender el astro rey, iluminaría la habitación con seguridad; que aquella ráfaga temblante que se escapaba en el quemado leño, con el aceite, se fijó de un modo permanente en la tosca lámpara de barro, producto de incipiente industria. Fué aquella lámpara la estrella familiar, que alumbró la velada, prolongando agradablemente la vigilia del labrador, amenizada por la plática de la familia. De este modo tuvo lugar en ella la más tranquila comunión del pensamiento, que despertó un nuevo género de deleites no conocidos en el hogar.

Cuando con atención se recorre el pasa-

do, se vá encontrando natural la lenta marcha del progreso por el trabajo, que influye en el acrecimiento intelectual, en el desarrollo del sentimiento y en la suavidad de las costumbres.

Aquellos descansos en el seno de la familia, hicieron que el hombre encontrase alivio y encanto en su compañía y sintió por la mujer un afecto más: intimándose con ella le permitió sentarse cerca de sí y juntos tomaron el alimento, el pan que la misma amasaba; y después de beber él, la hizo beber en la propia copa todavía por su labios humedecida. Consideró que aquel sér era algo más que una esclava y así la fué gradualmente asociando á su vida y á su alma.

En esta última etapa de la humanidad, las tribus labradoras, no obstante los bienes conseguidos, estaban expuestas á la escasez cuando la cosecha se perdía ó la epidemia destruía los ganados, lo cual obligaba á la práctica de la economía doméstica, hasta el extremo de haberse sistemado el ayuno periódico. Estaban expuestas también en su seno, á las violencias y á las injusticias del más fuerte ó más astuto. Por otra parte, sin tener comunicaciones entre sí las tribus, se aislaban, limitando los adelantos que conseguían á este ó aquel grupo y parecían como

estacionadas en su estado de naciente civilización.

En forma de sufrimiento apareció entonces el incentivo para nuevos adelantos: cual la bíblica espada flamígera de Dios, que arroja á la humanidad de un edén para que por sus esfuerzos se haga merecedora de otro edén mejor.

La guerra tenía de cambiar de forma: los cazadores se encontraban y luchaban en las selvas, los pastores sorprendidos por otros, entre el rebaño; pero la tribu agrícola que vivía unida no podía ser atacada sino era por varios combatientes.

Siempre el espíritu de injusticia ha hablado con voces seductoras al oído del hombre, y en aquel entonces algunos se reunían aquí y allá, en el seno de los bosques, y caían de improviso envueltos en el polvo de sus correrías, como nube de destrucción sobre la casa, sobre la siembra y sobre el establo, y el trabajo acumulado por los años desaparecía con la rapiña y con el incendio de los hijos errantes del mal: su huella quedaba marcada con la sangre de los seres inútiles, pues si á los hombres los hacían esclavos, al anciano impotente, á la mujer y al niño les arrancaban la vida, para evitarse estorbos en sus expediciones guerreras, siempre aceleradas.

Para la defensa, las vecinas tribus labra-

doras se reunieron; tomaron posesión de las colinas y allí edificaron, cubriendo el perímetro donde sus hogares levantaban, con muros ó con foso. Así se erigió la Ciudad, en ella se relacionaron los grupos distintos que la formaban, se comunicaron sus conocimientos especiales, cambiándolos recíprocamente; y pactando la forma y contingente que debían dar para la defensa común, tomó en la Ciudad origen el consejo de un gobierno.

El trabajo en aquella gran colectividad se dividía más y más: como un hombre era más apto para labrar la madera, otro para levantar la casa, aquél para la siembra y éste para otra cosa diversa, unos con otros empezaron á hacer el comercio del trabajo; y como cada quien se dedicaba con singularidad á tal ó cual preferente objeto, se perfeccionó más ó menos en su oficio y logró con el cambio mayores descansos y más ventajas de las que tenía cuando hacía todo lo que le era preciso para la vida, pues sus fuerzas así se le agotaban sin alcanzar el fin propuesto.

De tal manera, en la ciudad nació el comercio, y dieron sus primeros vacilantes pasos la industria y el arte.

¿Y la guerra? la guerra había producido aquella nueva faz de la civilización con que quedaron aumentadas y en que fueron refundidas todas las civilizaciones anteriores, pues

al buscar el hombre la garantía dentro de la población amurallada, acercó á ella el rebaño y el arado para hacer germinar las vecinas tierras, en las que empezó á legalizarse la propiedad, repartiéndose ó gozándose en común.

Se abrieron caminos para el tránsito hacia las labores agrícolas y se fué así disponiendo de más extensión.

Las tribus errantes en tanto, habían en los bosques encontrádose con el más hermoso de los brutos, con el caballo, y lo habían domado; y en él apareciendo centauros, hacían sus veloces correrías guerreras devorando las distancias.

Tomó el noble bruto participio en las glorias y los peligros, y ardiente y belicoso hizo oír su relincho como toque de clarín de guerra.

Esta hermosa conquista, esta adquisición del caballo, se extendió á todos, y unos para atacar y otros para defenderse lo buscaron. Los hombres laboriosos extendieron su uso asociándolo al trabajo de los campos, multiplicando su utilidad en la agricultura y en la industria.

El caballo, pues, llegó á ser uno de los más poderosos elementos de actividad y de fuerza, contribuyendo eficazmente al desarrollo de las relaciones de Ciudad á Ciudad.

Pero aun no pasemos de una á otra, detengámonos todavía un momento. Hechos los caminos hacia los campos de pasto y de labranza, las cosechas se vaciaban en la población; el carro con ruedas informes, arrastrado por el buey, derramaba en oleadas la mies dentro de ella.

Los Jefes de los grupos que formaban la Ciudad, en consejo atendieron al servicio público, á las vías de comunicación, á la policía y á la defensa procomunal. Entró el hombre de este modo á la vida política, legislando para el bien del conjunto y empezando á hacer sus ensayos en las sencillas prácticas del comunismo, que fué lo que al asociarse se presentó más natural á su espíritu inexperto.

El reparto del trabajo dió manera de que en la Ciudad se pudieran dedicar á las tareas intelectuales algunos; y se abrieron extensos horizontes al pensamiento, que razonador, de deducción en deducción descubría una verdad nueva, ó en alas de la imaginación sintiéndose inspirado profetizaba lo que no veía. La tradición en que el recuerdo se ejercitó, hizo que conociendo lo pasado pudiera preverse el porvenir, pues no penetramos en él sino en proporción á la experiencia que el pasado nos suministra.

Un mundo nuevo, el mundo de la inte-

ligencia empezó así á tomar forma en los cielos de la mente.

El poeta dió los colores de su imaginación á las narraciones y formó la epopeya, y sin saberlo acopiaba materiales para la Iliada.

Tales fueron los adelantos promovidos al verificarse en la Ciudad primitiva la asociación política de las tribus. Y Ciudad aquella, incipiente todavía, formada para la defensa, estaba mal forjada sobre las ásperas colinas, encerrada detrás de muros, con angostas retorcidas calles é imperando en ella disposiciones que apenas tortuosamente se encaminaban á un principio de justicia.

Es de suponerse que no todos los seres humanos iban á la par en la senda que pintamos; mas hemos de referirnos al avance general que muestra la historia en las razas típicas, para poder concretar nuestra narración. Hoy día se vé precisamente en ésta nuestra América, cómo tribus numerosas viven aún en el triste estado que corresponde á la época primitiva del cazador, pero detalles son éstos, que demandan otra clase de trabajos, apartados por completo de la forma sintética del nuestro.

IV.

La Ciudad se había hecho: las clases sociales se formaron naturalmente en ella según las aptitudes de cada una, y la que cultivó la inteligencia fué la que se sobrepuso á las demás, porque aun dispuso en lo general también de los elementos de la fuerza á virtud de sus combinaciones. Pero esta supremacía revistió ya un carácter humano, no fué la supremacía del hombre-fiera.

Con arreglo al principio de la división del trabajo, se hizo la división de las clases, y una fué la de los hombres del campo, otra la que formaban los de oficio y seguían en escala ascendente la de los guerreros y la de los sacerdotes, que inspirados se hacían intérpretes de la divinidad, monopolizando con talento y á fuerza de estudio, todos los conocimientos que servían para indicar prácticas que tendiesen al bien común y á asegurar su superioridad.

Tal fué la índole de las primeras asocia-

ligencia empezó así á tomar forma en los cielos de la mente.

El poeta dió los colores de su imaginación á las narraciones y formó la epopeya, y sin saberlo acopiaba materiales para la Iliada.

Tales fueron los adelantos promovidos al verificarse en la Ciudad primitiva la asociación política de las tribus. Y Ciudad aquella, incipiente todavía, formada para la defensa, estaba mal forjada sobre las ásperas colinas, encerrada detrás de muros, con angostas retorcidas calles é imperando en ella disposiciones que apenas tortuosamente se encaminaban á un principio de justicia.

Es de suponerse que no todos los seres humanos iban á la par en la senda que pintamos; mas hemos de referirnos al avance general que muestra la historia en las razas típicas, para poder concretar nuestra narración. Hoy día se vé precisamente en ésta nuestra América, cómo tribus numerosas viven aún en el triste estado que corresponde á la época primitiva del cazador, pero detalles son éstos, que demandan otra clase de trabajos, apartados por completo de la forma sintética del nuestro.

IV.

La Ciudad se había hecho: las clases sociales se formaron naturalmente en ella según las aptitudes de cada una, y la que cultivó la inteligencia fué la que se sobrepuso á las demás, porque aun dispuso en lo general también de los elementos de la fuerza á virtud de sus combinaciones. Pero esta supremacía revistió ya un carácter humano, no fué la supremacía del hombre-fiera.

Con arreglo al principio de la división del trabajo, se hizo la división de las clases, y una fué la de los hombres del campo, otra la que formaban los de oficio y seguían en escala ascendente la de los guerreros y la de los sacerdotes, que inspirados se hacían intérpretes de la divinidad, monopolizando con talento y á fuerza de estudio, todos los conocimientos que servían para indicar prácticas que tendiesen al bien común y á asegurar su superioridad.

Tal fué la índole de las primeras asocia-

ciones de que nos habla la historia al referirse á la Indias.

Habían seguido, en tanto, subsistiendo los esclavos y á ellos tocó lo más duro de los trabajos.

La vida, sin embargo, todavía no tenía todos sus elementos concretados en el individuo, y el comunismo tenía que subsistir, por mucho tiempo aún; se necesitaban las fuerzas de todos mientras la personalidad crecía y por sí sola podía hacerse campo en la existencia.

Inconscientemente el hombre se daba cuenta de que ateniéndose en aquella época, á sus propias fuerzas y separándose de la sociedad, tendría que retrogradar á las luchas de los tiempos primitivos para poder subsistir. De todos modos, el pensamiento era ya la fulgurante cúspide de la sociedad.

En la India se realiza la evolución que señalamos; pero los directores de aquel progresivo movimiento, asegurados en el sólio de la autoridad y satisfechos por lo que á ellos toca, no creen necesarios más progresos; se abandonan al descanso, y la inmovilización parece que petrifica aquel pueblo por mucho tiempo; sin embargo, las diversas poblaciones extendidas en su territorio, se comunicaban y bajo una autoridad dirigida por sus sacerdotes, los brahmanes, formaban la nación en que

se extendían ampliando más el espacio para la vida. Pero ya decimos, al faltar el progreso, la rutina se sistemó y parecía faltar al espíritu otros nuevos horizontes en que ejercitar su actividad anhelante.

Tocaba al Egipto y á la Persia proseguir el avance; pero ántes de hablar de ellos digamos unas palabras respecto al destino que seguía la mujer.

Era máxima del brahmanismo, el de que *la mujer nació para servir al marido y barrer la piedra del hogar*. Aquella doctrina recomendaba tomar una mujer de forma armoniosa, considerándola como una máquina más ó menos bella para la generación, aunque había al fin admitiéndose entónces á la sacerdotiza (bayadera) casada con Dios, y dedicada al culto por medio del arte, en que su espíritu se levantó á otra región superior de la sombría en que viviera.

El Egipto, la Persia, cada uno por sí iban á significar otra etapa de progreso en la humanidad.

El Egipto recogido en valle estrecho, pero pródigo en producción, limitado por Oriente y Poniente con cadenas de montañas que lo separan del desierto, recorrido por el Nilo, cuyas ondas significan la abundancia, y arrullado por los murmullos de esas mismas ondas, que en la estación propicia parece que

cantan á la naturaleza, era el territorio donde sin grandes afanes pudiendo vivir el hombre, podía ante la contemplación de lo que le rodeaba levantar su pensamiento.

El beduino errante, armado de la lanza, retirado en las lejanías del desierto; y el abrador verano que auxiliado con las aguas que quedaban estancadas despues de la creciente del Nilo, producía la enfermedad, eran males llevaderos que no preocupaban hondamente.

En Egipto, el clero tomó como en la India, la primacía: el sacerdote dominaba vestido de su blanca túnica como de un rayo de celeste luz, que lo hacía aparecer cual sér semidivino á los ojos de la multitud, y aun á los del Farahón, que con su consejo gobernaba.

El sacerdote ejipto, espiritualizado por la meditación, ilustrado por el estudio, inició en su pueblo notables adelantos.

Las avenidas del gran Nilo borraban los límites de la propiedad, y por el cálculo, el sacerdote, prolongando la línea que su vara marcaba sobre la tierra, hallaba los linderos, determinaba los ángulos y revivía el mapa destruido en cada nueva estación, evitando así la contienda entre los poseedores vecinos.

Se iniciaba en la geometría de tal manera, y empeñado en el conocimiento de aquella

ciencia, mirando después al cielo y observando á las estrellas, mide el tiempo en que efectúan un movimiento dado y forma el calendario, dando por medio de figuras, señales de división en la eternidad, que antes confusamente se mecía ante la mente humana. Al hablarse del pasado se podían señalar con precisión las épocas, y al referirse al porvenir anunciar las estaciones y la próxima presencia de algun astro.

Después de haber el sacerdote aplicado la geometría al campo y al tiempo, lo hizo á la piedra, y surgió la arquitectura informe como un esbozo y grandiosa como las montañas que cerraban los horizontes egipcios. Las pirámides se levantaron en larga serie á semejanza de aquellas montañas, y en su interior fueron formados los templos, donde el geroglífico gravado sobre piedra, hablaba misteriosamente de la divinidad.

El canto, la pintura se cultivaron desde entonces, sin salir de una forma rígida, que debía muy después dilatarse en medias tintas y en tonos infinitos.

Persia, en tanto, con sus tribus repartidas, audaces, activas, sobre un país cortado, preparaba las relaciones de apartados pueblos por medio de sus expediciones arriesgadas; y al servicio de la India y del mismo Egipto,

atraviesa el arenoso desierto y se comunica con la extrema parte occidental del Asia, tocando las playas del Mediterráneo.

El camello, sobrio en el comer y en el beber, duro como una montaña, resistente en la fatiga, fué el vehículo de que el persa se valió para lanzarse de uno á otro lado del desierto. El caballo solamente le servía de auxiliar en semejante expedición.

La caravana partía sobre aquellos animales, con que el hombre aumentaba los de su servicio, y llevaba y á su regreso traía consigo objetos con que extendía el comercio.

El pueblo persa fué el oleaje en que la riqueza de la India y el Egipto por una parte, y la de la Siria y la Fenicia por la otra, hacía el flujo y reflujo de sus productos; así se multiplicaban las fuerzas poseyendo unos y otros aquello que les faltaba á cambio de sus excedencias; y luego surgía la combinación de los nuevos productos y se enriquecían las industrias.

Más este comercio tan productivo no sólo exigía la fatiga de penosos viajes, sino á veces hasta el sacrificio de la vida, arrebatada por los trombas de arena que en el desierto surgían arrollando la caravana, la cual envuelta en polvo ardiente caía con sus camellos fieles, quedando sepultada bajo el aluvión,

que nuevo viento levantaría para dejar descubierto un campo sembrado de hosamentas, que otra caravana cuidaba entre asombrada y respetuosa de no hollar.

El descanso de esas tribus viajeras, guerreras y mercantes, era el Oasis, donde el agua y la verdura en medio del mar de arena por donde transitaban, las invitaba á detenerse.

El más grande de aquellos Oasis llegó á ser la mansión obligada de todos los viajeros, y luego fué el lugar de cita para el encuentro y el cambio de las mercancías.

Algunas tribus, seducidas por el lugar y las comodidades que ofrecía, se establecieron allí, y parece entónces que como por encantó brotó Babilonia. Esta ciudad fué la primera estrella del desierto, otras aparecieron después, y todas nutridas por el comercio, eran las obligadas estaciones por donde pasaba.

De la una á la otra parte del mundo asiático y de la Africa conocida, Babilonia fué el centro, y siglo tras siglo siguió alimentándose con el movimiento comercial de remotas naciones. Allí se cambiaban las mercancías como hemos dicho, y los conocimientos y hasta la sangre, pues las razas con amor se cruzaron y las civilizaciones mezclándose se armonizaban.

Sólo el milagro del progreso pudo fun-

dar pueblos llenos de prosperidad en el fondo del desierto.

El comercio internacional significó una gran jornada en la marcha histórica del hombre, en la cual todos los conocimientos lo acompañaban, dando lo mejor que tenían para aquella hermosa evolución; pero el camello del persa, sólo podía llevar á sus espaldas reducida carga, y se escogían para formarla los objetos ligeros y preciosos, sin que entrara en el cambio todo lo que pudiera ocasionar utilidad. Otro elemento de transporte era, pues, preciso á las nuevas necesidades.

Si el desierto no hubiera estado limpio de montañas, de vegetación y sin torrentes que hubieran detenido la marcha del viajero aquí y allá, no hubiera sido el camino de comunicación entre remotas comarcas, y sin él se hubiera retardado el progreso humano. Parece que la Providencia preparó el limpio camino, en que los audaces persas, habían de aventurarse, después de haberse preparado para ello en la constante contemplación de aquellas soledades, que despertaban su anhelo por cruzarlas, pues que el hombre siempre ha tendido y tenderá á cumplir su misión de progreso, dilatándose más y más en el espacio y en el tiempo.

Pero indicábamos que las necesidades

comerciales pedían otros elementos de transporte mejores que los conocidos, y diremos que los troncos de los árboles, caídos y arrastrados por las olas, flotando siempre sobre ellas, y las aves descansando sobre esas naturales balsas, iniciaron en la navegación al ser obserbador por excelencia; y de las costas del Asia occidental, de Fenicia, hasta donde las caravanas hacían sus expediciones, se lanzaron los navegantes mercaderes, recorriendo aquellas costas en informe embarcación, de trozos de madera, que á fuerza de remo se impulsaba.

Cuando las ropas mojadas de los náuticos viajeros, se ponían al Sol sobre algún palo levantado en la embarcación, pudo advertirse que soplando el viento sobre ellas, era arrastrada por el movimiento que de tal suerte el aire le imprimiera; y se armó la vela, que impulsada por los vientos, resolvió la formal expedición marítima.

Bien luego las hermosas maderas del Libano fueron el precioso material escogido para naves, que por su construcción más ó menos perfeccionada, ofreciesen mayores garantías y rapidez en la marcha.

El navío fué, en fin, el nuevo amplio transporte necesario al desarrollo del comercio. ¡Y cuan bellas y airosas debieron aparecer

sobre las ondas azules las primeras embarcaciones, con sus blancas gallardas velas, iluminadas por el Sol y movidas graciosamente por las brisas, siendo el símbolo de tantas esperanzas!

Convidando á los marinos se presentaban el mar Mediterráneo y el mar Negro y el Caspio, los Golfos de Persia y el de la Arabia, cual si hubiesen estado preparados para relacionar más activamente como relacionaron, á todos los hombres del mundo conocido, excitándolos á lanzarse al Occidente.

Tiro, cual si hubiese brotado de las blancas espumas de las olas, apareció, y fué el arsenal y el Puerto vecino del Líbano, el de las preciosas maderas para fabricar las naves.

Tiro, en aquellos tiempos en que la guerra no había tenido tregua, y antes bien se exacerbaba, pues era la consecuencia de los encontrados intereses entre los hombres que hallaban dificultades al extenderse por el mundo; Tiro, decimos, á virtud de su posición topográfica, ofrecía las mayores seguridades contra los azares de la lucha, y las garantías que daba eran otra circunstancia que concurrió á su rápido engrandecimiento. Bien pronto, situada entre Babilonia y Tebas, fué el gran centro comercial, y con los elementos que de todas partes venían á su seno, cultivó

las industrias conocidas y creó otras nuevas. Siempre el comercio despertó la industria, y al gran comercio que se hacía en Tiro correspondió la elevación que consiguiera en ramos diversos: el vidrio transparente salió de sus talleres; el arte de la platería alcanzó progresos; se modelaron y se pulieron las perlas de ámbar, tegiéndose con ellas ricos aromosos collares; se confeccionó el acero que tanto sirviera para usos diversos; se trabajó el marfil, y se tiñeron con vívidos colores los lienzos. El manto de púrpura pudo colgarse á los hombros del sér que bien podía ya llamarse el rey de la creación, cubierto por aquella ráfaga de la aurora, dueño de la tierra y de los mares, con su fuerza multiplicada, debido á las fuerzas que había asimiládose de todos los demás seres y cosas, puestos por medio del trabajo, bajo su dominio.

La Fenicia, teniendo á Tiro por atalaya, tomaba posesión de su destino, y la blanca ala puesta á sus naves soplada por el viento, llevaba á sus marinos á establecer colonias en las islas que tenía al frente del Mediterráneo, y que llamó Creta, Rodas, Chipre. Aquellos navegantes siguiendo al Poniente pasaron por Cerdeña, fundaron ciudades en Sicilia; después dirigiéndose rápidamente al Mediodía establecieron en la costa del Africa una segunda Tiro, que más tarde sería la

gran ciudad de Cartago. Asegurados con tal estación marítima, se dirigieron de nuevo al Occidente y llegaron á una gran península llamada Hesperia (España), donde levantaron ciudades, acopiando el oro que por todas partes allí se derramaba; utilizando en esos trabajos, hechos en lo general en las entrañas de la tierra, á la gente del país.

En tanto en el mar seguían buscando nuevos espacios y hallaron el paso hácia el Océano. En las costas de la misma Hesperia, establecieron en este Océano el gran puerto de Gades; de él se lanzaron al Septentrión, entraron por un gran canal al mar del Norte, visitando de paso una costa nublada y fría (la actual Inglaterra) en donde solo hallaron el estaño, y al fin, navegando más, dieron con la tierra á donde el mar arrojaba el ámbar que con avidez recojieron.

Tiro, reunía por tal manera á la vuelta de sus hijos, riquezas tantas; y el precioso metal de la Hesperia, sirvió á los fenicios para fabricar la moneda, rico signo de cambio que facilitó el comercio, pues que el trabajo de igualar valores entre objetos que se cambiaban, era un obstáculo para cada transacción por pequeña que ella fuese. El oro en moneda ofrecía comodidad para su portación; su fraccionamiento en partes pequeñas que tienen valor preciso, dió con exactitud el monto

que se deseaba para cada caso. La moneda hizo que todas las cosas y entre ellas los objetos debidos al arte y á la industria, de materia corruptible ó de valor variable, pudiesen ser cambiados en su oportunidad por un valor que quedaría inalterable en el tiempo y disponible á voluntad. El ahorro podía efectuarse por su medio, y con el ahorro formarse el capital, que se sucede de generación en generación; teniendo el padre seguridad, al entrar al seno de la muerte, de que sus hijos gozarán de bienes que les lega para librarlos de la miseria.

La moneda, fácil para espaciarse en la extensión y en el tiempo, fué tambien la que graduó el precio de todo trabajo. Ya se considerará, que progreso semejante forme época en la historia, y sea una gloria para los fenicios á quienes se cree es debido.

Pero aun había más que agradecer á aquel pueblo enérgico, inteligente y laborioso, que á largas distancias hacía sus combinaciones y tenía que entenderse con los demás. Las manos de los fenicios trazaron los primeros rasgos sobre el papiro ó la placa de marfil, para aprisionar en ellos la idea expresada por la palabra, que fué retenida en aquellos signos, que servirían para la trasmisión del pensamiento de un punto á otro del globo y

de una generación hasta otra remota generación.

Se formó la escritura, y ya no más el acento de ciencia, de verdad ó de arte que salía de una boca, quedaría perdido ó reducido á que le sirviese de vehículo la infiel memoria, pues guardado aquel acento en la letra, se dilataría en el tiempo, donde tantos acentos habían de unirse de siglo en siglo para bien de la humanidad.

A este respecto dice un autor que consultamos: "El oro había sido el lazo del trabajo con el trabajo en la duración: el alfabeto fué el lazo del espíritu con el espíritu, y así como la moneda caída de manos del antepasado iba á través de las edades á rescatar una vida de la miseria, así también la escritura volando al soplo de la historia iba á sacar una alma de la ignorancia."

Los fenicios acababan con honor su gran misión en la marcha de la humanidad, é iban á ser relevados en el gran trabajo del progreso.

v.

Decíamos que la Fenicia había cumplido su misión en el progreso humano y que ella por medio de sus naves había lanzado sobre las costas del Mediterráneo toda la civilización del Asia y de la Africa, que los demás pueblos recogían. A otra nación tocaba después servir de guía en el movimiento de avance.

En las ondas azules de ese mar Mediterráneo, que besa las plantas de la bella Grecia, llegaban á ésta los mensajes del progreso, y presintiendo su destino, levantaba ávida de ver hácia adelante su frente de alabastro, besada por el soplo ténue de sus mañanas radiantes.

Tres mares con su cantar eterno, cantan en sus diversas playas, labradas por golfos y puertos, que parece han sido hechos á cincel, y la cubre una temperatura suave, sirviéndole como inmenso capelo de cristal limpiísimo, su atmósfera trasparente. Sus ríos de co-

de una generación hasta otra remota generación.

Se formó la escritura, y ya no más el acento de ciencia, de verdad ó de arte que salía de una boca, quedaría perdido ó reducido á que le sirviese de vehículo la infiel memoria, pues guardado aquel acento en la letra, se dilataría en el tiempo, donde tantos acentos habían de unirse de siglo en siglo para bien de la humanidad.

A este respecto dice un autor que consultamos: "El oro había sido el lazo del trabajo con el trabajo en la duración: el alfabeto fué el lazo del espíritu con el espíritu, y así como la moneda caída de manos del antepasado iba á través de las edades á rescatar una vida de la miseria, así también la escritura volando al soplo de la historia iba á sacar una alma de la ignorancia."

Los fenicios acababan con honor su gran misión en la marcha de la humanidad, é iban á ser relevados en el gran trabajo del progreso.

▼.

Decíamos que la Fenicia había cumplido su misión en el progreso humano y que ella por medio de sus naves había lanzado sobre las costas del Mediterráneo toda la civilización del Asia y de la Africa, que los demás pueblos recogían. A otra nación tocaba después servir de guía en el movimiento de avance.

En las ondas azules de ese mar Mediterráneo, que besa las plantas de la bella Grecia, llegaban á ésta los mensajes del progreso, y presintiendo su destino, levantaba ávida de ver hácia adelante su frente de alabastro, besada por el soplo ténue de sus mañanas radiantes.

Tres mares con su cantar eterno, cantan en sus diversas playas, labradas por golfos y puertos, que parece han sido hechos á cincel, y la cubre una temperatura suave, sirviéndole como inmenso capelo de cristal limpiísimo, su atmósfera trasparente. Sus ríos de co-

rrientes tranquilas murmuran apenas en su territorio formado de valles y colinas. Todo aquello habla al hombre con armonioso lenguaje y deja á su espíritu sereno, en libertad de examinar, pues nada hay en aquella risueña naturaleza que restrinja ó anonade por lo inmenso ó lo terrible. La expansión está excitada por el sol, por la brisa, por el paisaje proporcionado y vario, por las aguas en cadencioso movimiento; y el alma de los habitantes de aquella tierra, por eso sin duda, se dilatò bien pronto en manifestaciones por lo armonioso y por lo bello.

La Grecia tiene en su seno todas las riquezas: en sus selvas maderas, en Paros már-mol purísimo, en Thasos y Laurium el oro y la plata; cereales en la Mesenia, rebaños en la Arcadia; en la Tesalia guerrera criaba el caballo volador y de las costas de la Atica salían sus navíos primorosos.

Los griegos repartidos en aquella tierra dividida por eminencias, formaban aquí y allá sus Ciudades, dispuestas por la geografía para constituir una federación, donde la división en los mandos, evitaba la concentración absoluta de la autoridad.

La mujer en Grecia fué respetada sin dejar la esposa de ser casi sierva, y su entendimiento poco podía espaciarse fuera de las pa-

redes del hogar, donde generalmente vivía en una especie de reclusión.

La población, como en las demás partes del mundo, también estaba dividada en clases, y al esclavo tocaba allí como era común en semejante época, lo más difícil de las faenas; pero en Grecia era más el número de los que se entregaban á las labores de la inteligencia, pues activa y con grandes elementos naturales, había podido acumular más riquezas, y la riqueza proporcionaba comodidades á una numerosa clase superior, que no necesitando del trabajo de sus manos para la vida, daba libre ejercicio al pensamiento, ocupándose de gobernar, de filosofar y de enaltecer las bellas artes, buscando en todo la proporción simétrica que hallaba en su naturaleza tranquila.

En la educación de los jóvenes griegos entraba preferentemente el perfeccionamiento de las formas por medio de ejercicios apropiados, el perfeccionamiento de la voz por el canto, y hasta para morir en el combate, se buscaban de antemano por los guerreros, clásicas actitudes.

Las tendencias de la Grecia eran la sensual felicidad, con toda su poesía, sus voluptuosidades y alegrías, encerradas en las prescripciones del arte.

Se podía decir que la estética era la reli-

gión de aquel pueblo, cuyos dioses ante todo tenían que ser bellos, proporcionados, para inspirar la idea de la divinidad.

El mármol de Paros sirvió para modelarlos; y la escultura alcanzó tal preponderancia, que hoy día sirve de inimitable muestra á nuestros artistas.

La geometría, cuyos adelantos se habían estacionado en Egipto, en Grecia fué desarrollada en combinaciones múltiples que pedían la forma y el número.

Al modelarse con toda la pureza de la línea una estatua típica, se erigía un dios, y así la belleza plástica estaba divinizada.

La escultura, por eso, era la más alta manifestación del genio griego, cuyos ideales artísticos viven en sus estatuas inmortales, llenas de gracia de serenidad y pureza.

La pintura, fué cultivada con éxito, pero en inferior escala, pues se limitaba á copiar la belleza de la forma y poco se atrevía en el fondo y el colorido.

La poesía trágica, tuvo su apoteosis en aquella época y con solemnidad fué representada, dándose á los personajes un carácter semi-divino, cuya apariencia procuraban los actores.

Las Ciudades griegas vivían en medio de la actividad, sus casas tenían una arquitec-

tura de espacios llenos de simetría y se encontraba en ellos la comodidad. El reloj formado por la sombra en el cuadrante, les pareció triste á aquellos hombres amantes del movimiento, y combinaron el reloj hidráulico, para que la gota de agua brillando, cayendo, sonando, midiera los minutos de su existencia.

Grecia, en fin, levantó la vida política repartiendo entre mayor número el Gobierno; suavizó el espíritu humano haciéndole rendir homenaje á la belleza; creó la escultura, perfeccionó la arquitectura, inició y desarrolló la cerámica, la pintura, la oda, la comedia, é ilustró el pensamiento con sus lucubraciones filosóficas. Y en sus bellísimos navíos, mandó allende los mares, á todas las playas extranjeras, los ejemplares de sus creaciones divinas. ¡Brillante estrella, cuyos fulgores iluminaban la extensión del mundo!

Sin embargo, aquel pueblo altivo que veía como bárbaros á todos los extranjeros, no sostenía con ellos cordiales relaciones, y su aislamiento lo fué relegando á cierta inferioridad, puesto que no tomaba nada de los adelantos de los demás, que procuraban más y más mejoramientos.

Alejandro el Grande, que parece representaba el alma ardiente de Grecia, en alas

de la victoria atravesaba el mundo, se remontaba al Oriente, formaba ciudades y dejaba en ellas el idioma, las artes y las ciencias griegas; pero torna á aquella bella patria creadora, y la encuentra en tal estado de languidez, que de nuevo como atraído por el sol vuelve á Levante, y muere en la orgía prematuramente, presintiendo la agonía de ese pueblo que tanto amaba. Empero el guerrero sublime, había realizado la gran obra de fundir todas las civilizaciones y propagar el sentimiento artístico en todos los países vencidos, preparando otra gran evolución universal para el porvenir, del cual fuera el grandioso, audaz explorador.

El destino de la civilización era encaminarse al Oeste, y otra gran península, como queriendo salirse del continente, se avanzaba al mar para recogerla y aumentarla: El lado que por el Norte une á esa península á tierra firme, está atrincherado con los gigantes Alpes; y por los otros rumbos, las aguas la circundan. Uno de sus frentes se halla al Oriente como viendo, para instruirse, el mundo del pasado, y otro al lado Occidental que le abre las puertas al porvenir.

Los anteriores progresos habían ya rodeado, al través de los mares, á esa península de Italia, de ciudades donde brillaba el ex-

plendor de las ciencias y de las artes; y así, estaba en Sicilia, Siracusa, Cartago la africana, que había de disputar á Roma el poder universal, y Marsella y Cádiz, ricos puertos, en el continente europeo.

Si Grecia en su apogeo rechazaba otra civilización que no fuera la suya propia, Roma en el corazón de Italia, se asimilaba todo lo que hallaba en su derredor, lo fundía y lo utilizaba, haciéndose por eso atractiva y simpática á los extranjeros, que hallaban en aquella tierra hospitalaria, algo de la tierra donde habían nacido, tal vez más perfeccionado ó más hermoso. Empero, Roma, era la ciudad guerrera por excelencia: lanza en mano había dominado á toda la Italia; pero no la había hecho su sierva: dejaba á las Ciudades sus libertades económicas, haciéndolas depender de su dirección general, y este fué el secreto de su política, pues sin aniquilar á sus vencidos, se servía así de ellos después, y extendía su vida en la vida de los demás pueblos, que fueron sus aliados tributarios.

Fuerte con su audacia y con los elementos de aquellos á quienes iba dominando, extendía en el espacio más y más sus conquistas, ensanchando los límites de su imperio. Asegurada en Italia, en los términos que dejamos apuntados, se apodera de Sicilia, asalta

á la Africa, y sus latinas velas arrastran tambien á sus embarcaciones cargadas de guerre-ros á Grecia, á España y á las costas de Asia; é invade á la Galia y la Germania, haciendo sentir en todo el mundo conocido su poder inmenso, que se afianzaba por medio de la sabia política que hemos indicado.

En Provincias romanas se dividía casi la tierra; y estas como las Ciudades de Italia, conservaban su autonomía y libertad interior en mayor ó menor límite, segun su situación y circunstancias, y todas contribuían á la grandeza de Roma la dictadora.

Veinte caminos de labrada piedra, saliendo del Capitolio Romano, partían á diversas sucursales donde reflejándose el Gobierno de Roma, existía una constitución política semejante, y donde su Senado respectivo legisla-ba. Los ejércitos romanos guarnecían las plazas estratégicas y se auxiliaban mútua-mente, para sofocar rebeliones ó emprender nuevas operaciones bélicas.

A todas las razas con que se puso en contacto Roma, las consideró igualmente, después de que reconocían su gobierno, y de este modo les daba cierta unidad por medio de la dirección única que se abrogó, y todas las razas por eso se relacionaron formando un cuerpo más homogéneo y fueron todas sus

ciencias, sus artes, sus industrias, su comer-cio, la comunión universal que á todos en-grandecía y á la Ciudad romana levantaba á la cúspide de los pueblos.

Roma, que formo el derecho, según vere-mos, criadora de una política exclusivamente suya, en lo demás fué ecléctica por excelen-cia, y partiendo de los conocimientos que ad-quiría en sus provincias, combinó unos con otros, extractando lo mejor y utilizando quan-to había.

De Grecia tomó cuanto Grecia tenía: la filosofía que allá estaba dividida en doctrinas contrarias, en Roma se mezcló, armonizándose las ideas filosóficas. La poesía se hizo más extensa en sus manifestaciones sin abandonar los principios griegos. La arquitectu-ra combinó todas las líneas y doblando la hor-izontal suavemente, agregó el arco. Unien-do la pintura griega con todas las otras cono-cidas formó una escuela más universal, más varia, se atrevió al paisaje y buscó el color en la naturaleza. Y cuanto elaboraba Roma, lo derramaba luego en las provincias.

Rocogió de todos los pueblos las teorías de justicia, y por medio de sus jurisconsultos formó un solo código de cuantos sanos prin-cipios encontró en aquellas diversas legisla-ciones, dándole á código semejante un carác-

ter universal, que llamó el derecho de las gentes. Así saliendo la ley de la Ciudad, se extendió más completa en la humanidad entera.

Trabajando en esto sin descanso la dictadora de leyes, de los principios incontrovertibles que á todo hombre en todas partes y circunstancias podían ser comunes, estableció dogmas á que dió el nombre de derecho natural, superior á toda especialidad de derecho.

La Jurisprudencia romana, inspirándose en las más elevadas ideas de justicia, servía como de antecedente necesario al ideal del evangelio cristiano que vendría después.

Las clases civiles en Roma, se dividían en aristocrática y plebeya; más á la primera formada de los patricios, tenía acceso la segunda; y por lo que respecta al esclavo, fué considerado por las leyes como hombre y no como cosa, teniendo que ser por el dueño respetada su vida; su libertad la podía adquirir por medio del trabajo, que ha sido siempre el redentor de todas las servidumbres.

La mujer, cuyo tierno espíritu estaba encarcelado, libre se levantó recorriendo la región del arte en lo que este tiene de recreativo; la lectura y la pintura que pudo cultivar dilataron su entendimiento; llevó al matrimonio su capital por medio del dote; pudo ser la

tutora de sus hijos; fué la dueña de la casa y gozó de cierta libertad fuera de ella. En la conversacion, de la sociedad, sorbió el saber de que estaba ávida, derramando en cambio su gracia, antes en reclusion.

El patricio romano tenía parte en el Gobierno, patrocinaba á gran número de plebeyos en los negocios públicos, y estos por medio de servicios en el Ejército podían llegar al lugar de aquel.

Su casa estaba dispuesta para una vida más complexa que la griega, ampliándose y teniendo comodidades desde la fachada donde un portal servía para que esperasen los clientes. Al adorno de la casa del patricio, concurrían las preciosidades de todos los pueblos del mundo y á su mesa todas las viandas y vinos que aquellos produjeran.

El romano, en la forma que hemos dejado dicha, hasta de un modo material, se asimilaba aunque fuese una molécula de cada una de las distintas partes de la tierra, y Roma vivía de la vida de todos los pueblos.

Pero llegó á no producir la metrópoli; su suelo se hizo infecundo, pues que todos los elementos para la mantención del pueblo venían de las provincias. Para divertir el ocio de sus gentes, en su gran circo luchaban las fieras, después los hombres y al fin se ejecu-

taron espantosas hecatombes entre los hombres y las fieras. Los prisioneros eran los escogidos para semejante martirio. ¡Ah! su altura había desvanecido á aquel pueblo dictador, que creyó á su soberbia Roma una divinidad y hasta le rindió un culto, en el cual el sacrificio lo hacían como hemos dicho, hambrientas fieras y hombres desarmados, en presencia de la multitud, que aplaudía los detalles más tremendos de la lucha! Las provincias imitaban á la metrópoli....

Después de la fatiga que al espíritu producían esos espectáculos que estragaban el paladar del alma, se mecía sobre Roma la tristeza; enlutada profetisa de siniestros augurios.

De todas partes empezaban á llegar noticias de rebeliones de los sometidos ó invasiones de los bárbaros, y por todas partes corrió abundantemente la sangre. Pero á pesar de todo, Roma había ya unido por la disciplina las razas insociables, y había preparado por medio de los progresos que derramó abundantemente sobre ellas, al espíritu humano, para la enunciación de las más nobles doctrinas.

Lo actual, que por la paralización del progreso, que es la vida, tendía á morir, que por el estado de cosas se hacía antipático, de-

mandaba un cambio y un nuevo elemento que trajera nuevas actividades.

Las almas, las inteligencias se hallaban abiertas para recoger en su seno lo que llegara, y se mecía en la atmósfera una nueva idea, y murmuraba palabras misteriosas que hacían estremecer al mundo.

Había sido preciso que la geografía se hiciese universal, y los persas habían enlazado unos con otros los pueblos, los fenicios los relacionaron, los griegos criaron en todos el sentimiento por lo bello, los romanos los hicieron vivir dentro del derecho, mezclando perfeccionadas todas sus aptitudes, y faltaba universalizar el ideal moral, inspirado por una religión que, partiendo de lo más bello de las orientales, fuese un progreso para la época, y que moralmente unificara en un solo ser á la humanidad entera.

El pueblo hebreo, que desde la época de los Faraones, quedó en la esclavitud en Egipto, que había salido de esta esclavitud estableciéndose á las orillas del Mediterráneo, que de Jerusalem había hecho el gran puerto por donde el Oriente y el Occidente verificaban su tráfico, al correr los últimos tiempos de Roma, robustecido con el comercio en que mostró singulares aptitudes, derramaba inconscientemente no obstante sus reservas, la

idea de un sólo Dios de bondad, á todas partes por donde en busca de lucro se dirigian sus hijos. Pero para los pueblos de imaginación ardorosa como los occidentales, era preciso una revelación que hablara á la mente y los sentidos para que aquella idea simpática tomara incremento en ellos. Y revestida de bella forma, fué conocida la vida y la muerte de Jesucristo, que predicaba la fraternidad, la igualdad y la libertad, en nombre de Dios su Padre; sellando sus doctrinas llenas de caridad y de amor con su muerte en la cruz ignominiosa, á orillas de Jerusalem. El ofreció la eternidad al espíritu del justo; y el desgraciado y el esclavo, todos los que sufrían, descansaron en la esperanza del bien en el más allá. Los dioses del paganismo tenían que rodar por el polvo, ante la presencia de un Dios, que daba al bueno una eternidad de ventura.

La aspiración de la humanidad quedaba satisfecha con aquel ideal divino, que en una época de desconsuelo y decadencia se levantaba ante la mente, iluminado con los tintes poéticos de la existencia legendaria de Jesucristo, que hablaba de ese Dios su Padre á los hombres sus hermanos.

Los ejércitos romanos sitiaban á Jerusalem, y antes que el cerco se estableciera, los

apóstoles de Jesucristo, pobres y desarmados, salen de allí para Occidente á predicar el Evangelio, que el crucificado les dejara á su muerte.

La concepción de un Dios, había pues, guardada años y años por los judíos, permanecido en medio de ellos, hasta que Roma, al hacer del mundo un sólo pueblo, preparó la hospitalidad para ese Dios único en el universo; y cuando todas las circunstancias hacían necesaria la nueva idea, los apóstoles la predicaron, siendo escuchadas con avidéz sus palabras de consuelo, que caían como rocío vivificante sobre las multitudes.

UNIVERSIDAD AUTÓNOMA DE NUEVO LEÓN

DIRECCION GENERAL DE BIBLIOTECAS

VI.

La humanidad tomó una nueva faz al sentir en su seno la idea de la venturanza eterna, que el cristianismo ofrecía, y una evolución tan rápida en el espíritu, que de improviso pudo lanzarse á celestes regiones, produjo el completo abandono de lo terreno en los convertidos á la nueva creencia, como si el hombre no trajese divina misión que cumplir en esta vida, más de la de la contemplación de ultra tumba. Pero así tenía que ser, y sin ese ascetismo, la religión cristiana no hubiera tenido mártires que afanzaran por la prueba de cruentos y constantes sacrificios más y más la fé de los iniciados, que aumentaban por todas partes.

Los bárbaros, en tanto que la evolución religiosa conmovía al decadente Imperio Romano, que abrazara al mundo, los bárbaros decimos, ya del Oriente ya del Norte, como al reclamo de una cita misteriosa, concurrían en espantosa confusión atravesando este y aquel país, uno y otro mar, para desbordarse

sobre Europa y golpear con el regatón de sus ensangrentadas lanzas las puertas de la altiva Roma. Una oleada de semejantes guerreros era arrastrada por otra y otra oleada, y las ruinas de Ciudades, en su mayor parte quemadas ó saqueadas, quedaban aquí y allá como indudable testimonio del paso de la abalancha. Los Romanos que, por la civilización heredada y por la propia especialmente, tendían á desarrollar la ciudad con menoscabo de los campos, habían rodeado á la población de soledad, y así la invasión se facilitó por todos los ámbitos, y sólo era sentida cuando caía en gruesa falange sobre la Ciudad amedrentada.

El equilibrio de la vida pedía que la campiña no fuese abandonada, y la necesidad impuesta por aquellos ataques, dispersó por las campiñas los núcleos de población y se formaron la Granja y la Villa, en que los dominadores queriendo tomar asiento sobre el país conquistado, se iban estableciendo; pero otra invasión los arrojaba de allí y entonces para dar seguridad á la posesión, en lo alto de las rocas se levantó militarmente el fuerte castillo, y de castillos se erizó la Europa, según los pedazos de tierra que se dieran como feudo á cada jefe de los guerreros.

Al rededor de la fortaleza vino á guare-

cerse la población laboriosa que del Señor feudal tristemente dependiera; y la región típica de evolución semejante fué la Galia, que al norte de Italia y con pocos centros populosos, se prestó á dar hospitalidad á toda aquella muchedumbre flotante en su gran territorio. Los últimos bárbaros que así se afanzaban en sus posesiones, los francos, convertidos en su mayor parte al cristianismo fácilmente, porque no tenían nada bueno que los apegara al pasado, protegían la erección del convento, donde un número de predicadores se reunía, y á cuyo alrededor el pueblo buscaba garantías. De tal manera, el castillo ó el convento fueron los centros de unión sembrados de distancia en distancia, para formar una maya resistente y capaz de repeler nuevas invasiones.

La choza era la avanzada de la aldea, y la aldea de la Ciudad, y esta de la Capital. El conjunto ya pudo con propiedad llamarse una Nación donde toda tierra estuvo habitada, defendida y más ó menos cultivada.

La Galia, que se llamó después Francia, fuerte así con su nuevo sistema de población, podía empezar el trabajo de otra civilización nueva.

El esclavo acabó; mas quedaba aún el siervo en el feudo, sin más propiedad que la

piedra del hogar, pues que el cultivo lo hacía para su señor; pero un día extendió éste la vista desde las almenas del castillo, y vió por todos lados llanuras inmensas, en su mayor parte improductivas, y las dió al siervo para que las labrase, exigiéndole á cambio el diezmo de la cosecha; y á su imitación, hizo lo mismo el monge, por lo que tocaba á las cercanías de su convento.

La familia del siervo, en el libre trabajo de éste, encontró ya el bienestar, y el padre de aquella familia enriqueció los campos con el sudor bendito de su frente, y brotaron en ellos más y más multiplicadas las riquezas, que corría, bendía, cambiaba de provincia en provincia. Nueva vida brotó de tal trabajo y la industria y el arte y el comercio por los mares, resucitaban más prepujantes que nunca.

Aquella edad, llamada la edad media, aquel tiempo de lucha y confusión en que sólo la cruz del cristianismo, como estandarte victorioso se levantaba sin caer, así iba pasando y preparaba la época del renacimiento.

Aquellos siervos fuertes por el ejercicio del trabajo libre, establecen como centro de unión política el municipio, que receloso mira el altivo castellano guarecido en su fuerte para bajar de vez en cuando con sus hombres de armas á hacer sentir el golpe de su brazo,

de hierro, sobre los siervos que vé se le emancipan.

Pónense esas dos clases frente á frente: una trabajadora, activa y sóbria; otra altanera, ociosa, rapáz, amante de la aventura; la una habitaba los caseríos, la otra el castillo amurallado en lo alto de la colina dominadora de la aldea. Esta representaba al antiguo conquistador, aquella era la plebe libre por el trabajo y por él glorificada. Las dos clases tenían que ser enemigas: los progresos de una y sus libertades, eran el amenguamiento de la autoridad y las riquezas de la otra; pero la libertad tenía que triunfar de la tiranía, aunque una guerra universal se extendiera como se extendió, por la ancha faz de la Europa.

La comunidad, al toque de arrebato se disponía á cada instante á la defensa, cuando el puente levadizo del feudal castillo caía, y un torrente de guerreros de penachos ondeantes y brilladoras armaduras, se vaciaba por él hácia el valle al son de la sonora trompa, envuelto en el polvo que levantaban las cabalgaduras.

Tuvo un paréntesis esta lucha, cuando Carlo Magno estableció un Imperio que fué tan breve casi, como la vida de aquel hombre.

Los árabes, en tanto invadían gran parte

de la España; los orientales habían caído en una especie de letargo, de que solían ser despertados por el alfange de aquellos guerreros, que sin embargo de sus azarosas extensas campañas, procuraban asimilarse las civilizaciones que á su paso encontraban.

Pero volvamos á la conmovida Europa, donde desconocida si no perdida toda autoridad antigua, se robustecía la autoridad de la Iglesia, por medio de la propaganda del cristianismo; teniendo así origen el Papado, que lentamente, de lo espiritual extendió en circunstancias tan propicias su poder á las cosas terrenales, ciñéndolas para mantenerlas dentro de su severa disciplina. Sin embargo, el ascetismo de los primitivos cristianos, perdía á la hora del renacimiento de las artes y de las industrias, y todos los bienes y comodidades que ellas proporcionaban, fueron de nuevo aceptándose en la vida, para hacerla más vigorosa y rica de elementos; para darle más esplendor y belleza.

Pero no nos adelantemos á la época. Las tremendas cruzadas se efectúan en ella. Al grito de la Iglesia, los guerreros europeos se lanzan hácia Jerusalem á arrebatar á los musulmanes esa tierra, donde reposan las cenizas del Crucificado, y torrentes de sangre se derraman sin conseguirse el piadoso objeto;

mas de modo indirecto, aquellas guerras funestas, habían de servir para debilitar á los Señores feudales, que principalmente las sostenían, dejándolos con pocas fuerzas ante los siervos, que como hemos dicho, batallaban por emanciparse. Y habían tales guerras de servir tambien al fin, para detener el avance de los árabes sobre Europa.

En el oleaje de los tiempos parece que la humanidad retrocede en la edad media; pero nó, sólo fueron un embate que la sacudiera, la lucha y la confusión, habidas. En medio de semejante desconcierto, entreve el espíritu humano en el Municipio la democracia, y aisladamente se preparan otros grandes elementos para una civilización potente.

La tierra temblando, al ir concluyendo la lucha, se agranda inmensamente por toda la redondez del globo, al profético grito de Colón, que de España partiendo al Occidente en una carabela, guiada por la brújula, que un sábio incógnito enviara del seno de la Arabia, saluda anhelante la playa de oro del hermoso continente americano.

La España con su riqueza había tentado á los fenicios, y tocaba á su vez á los españoles, ser arrebatados á regiones lejanas por el oro de México. Se necesita de seducción semejante, para que la civilización fuese atraída,

recorriendo así desde el remoto Oriente, donde la aurora besa la frente del naciente sol, hasta las últimas tierras occidentales, que ilumina al descender. Y no solo fué esa riqueza la que brindara el nuevo mundo, si no que se recogieron de él nuevos perfumes y alimentos nuevos; fibras, perlas, brillantes; extraña y fecunda flora y una desconocida fauna. Elementos que al unirse á los conocidos, multiplicaban la escala de las sensaciones de la vida, con nuevas vibraciones simpáticas, que radiando en el individuo, acrecentaron el espíritu y alentaron al genio.

Y si el mundo crecía de tal modo al acento mágico de Colón, el cielo tambien á poco se agigantaba y se poblaba de nuevos numerosos astros. El arcangel de espada de fuego que guardara la puerta del Empireo, la abandona y huye á ocultarse á nuevas inmensidades, al verse sorprendido por la mirada atrevida del hombre, que al través del telescopio de Galileo, llega á las alturas inconmensurables, donde después se habían de medir con el compáz, la ruta y los movimientos de otros mundos.

¡Qué gran panorama se presentó en los cielos y en la tierra á los ojos de la humanidad, al ir terminando la época difícil de la edad media! Parece que Dios por vía de

compensación, á cambio de tanta pena y de merecimiento tanto, enriquecía extendiendo la mansión humana, que nuevos astros venían á iluminar y más anchos cortinajes del firmamento á envolver!

La ciencia que parece iba á espirar para legar sus restos á la Iglesia, que recogía en la confesión la voluntad postrera del moribundo, se desarrolla en nueva vida, multiplica sus pensamientos al golpe de la máquina de Guttenberg, y esa máquina, la imprenta, baña con ella todos los espíritus, todas las inteligencias!

La ciencia, cuyas verdades recogían los manuscritos, hechos á costo de oro, no podía ser el pan de todos, mientras la imprenta no la popularizó; y despreciada por los dominadores bárbaros, mal trecha en el Oriente por la guerra de los árabes ó por el abandono á que por indolencia fuese relegada por aquellas razas ya cansadas, se refugia y fué represada en las ricas corporaciones eclesiásticas, únicas que podían costear los trabajos manuales, que demandaba la copia de cada fórmula y de cada verdad.

Una biblioteca de manuscritos, que pusiera en contacto al hombre con la historia y los conocimientos de sus antepasados, no era dado tenerla sino á los poderosos; pero la im-

prenta formó la democracia científica, acabó con las desigualdades, y ya no sólo los sacerdotes ó los grandes fueron los que conocieron el pasado, para poder extender, á causa de antecedentes dados, su mirada previsora en el porvenir. La ciencia fué la divina comunión de todas las almas; y la voz de los sabios fué recogida en sus caracteres indelebles, para correr en ligeras hojas por todo el mundo, ilustrando los espíritus de la multitud. Las palabras así guardadas al través de los tiempos vendrían á hablarnos á los hombres de hoy, como pondrán en contacto nuestros espíritus con los de los que nos sucedan en los siglos futuros.

Y todo iba conspirando á la nivelación y á la grandeza. Un monge oscuro confecciona la pólvora, y este rayo puesto en la mano del hombre, derrumba, barre las fortalezas del feudalismo, atacado por la plebe y los monarcas, que forman un pacto, en que le son reconocidos á aquella, derechos que antes no había podido conquistar.

La mujer en época semejante había elevado, dignificándose: redimida por el cristianismo y por él santificada, ya no fué por sólo el capricho del esposo repudiada brutalmente, y tranquila y agradecida en su nueva posición hizo derramar de su espíritu los tesoros de

ternura que abrigaba, y el hombre vió al fin en ella al ángel del hogar. Su nueva gracia espiritual, hizo más interesante su hermosura, que despertó el lirismo en el corazón humano.

Reasumiendo: el cristianismo, en la edad del mundo de que hablamos, había abierto la eternidad á todas las almas y ya no sólo los grandes serían divinizados para subir al olimpo; la imprenta iluminó igualmente á todos los hombres, fijando resplandores inmortales en los futuros tiempos, y la pólvora destruyendo los feudales castillos, nivelaba á los caballeros con la plebe, preparando la fraternidad entre los hombres. La humauidad de tal modo se hacía más homogénea y se elevaba; y Colón extendía á sus piés, inmensas regiones para que se desarrollase, en tanto que Galileo ensanchaba la brillante bóveda de los cielos.

Así iba terminando la edad media. ¡Ah toda lucha ha significado una conquista; todo trabajo un progreso!

VII.

En nuestra reseña, aún tenemos que detenernos en la edad media, para decir cuán grande contingente ofreció á la nueva época del renacimiento, alborada de los tiempos modernos, ya que digimos cual fué la triste confusión primitiva de aquella trabajosa edad.

Hablemos, pues, de ella un instante más: el cristianismo que significara la más bella evolución del espíritu, oscurecido por el Papado en los últimos siglos de la edad media, dá origen á acerbas discusiones á causa de las exigencias de la Iglesia, como antes diera motivo á las funestas guerras de las Cruzadas, esteriles por lo que se refiere al objeto piadoso. La Iglesia exaspera con su absorción siempre creciente en todas las manifestaciones de la vida humana; explica con comentarios la sencilla doctrina de Jesús, de la que se apodera la imprenta, para colocarla desnuda de vestidura en las manos de todos. Reinando como

Aquí enseña la vejez de liberal.

ternura que abrigaba, y el hombre vió al fin en ella al ángel del hogar. Su nueva gracia espiritual, hizo más interesante su hermosura, que despertó el lirismo en el corazón humano.

Reasumiendo: el cristianismo, en la edad del mundo de que hablamos, había abierto la eternidad á todas las almas y ya no sólo los grandes serían divinizados para subir al olimpo; la imprenta iluminó igualmente á todos los hombres, fijando resplandores inmortales en los futuros tiempos, y la pólvora destruyendo los feudales castillos, nivelaba á los caballeros con la plebe, preparando la fraternidad entre los hombres. La humauidad de tal modo se hacía más homogénea y se elevaba; y Colón extendía á sus piés, inmensas regiones para que se desarrollase, en tanto que Galileo ensanchaba la brillante bóveda de los cielos.

Así iba terminando la edad media. ¡Ah toda lucha ha significado una conquista; todo trabajo un progreso!

VII.

En nuestra reseña, aún tenemos que detenernos en la edad media, para decir cuán grande contingente ofreció á la nueva época del renacimiento, alborada de los tiempos modernos, ya que digimos cual fué la triste confusión primitiva de aquella trabajosa edad.

Hablemos, pues, de ella un instante más: el cristianismo que significara la más bella evolución del espíritu, oscurecido por el Papado en los últimos siglos de la edad media, dá origen á acerbas discusiones á causa de las exigencias de la Iglesia, como antes diera motivo á las funestas guerras de las Cruzadas, esteriles por lo que se refiere al objeto piadoso. La Iglesia exaspera con su absorción siempre creciente en todas las manifestaciones de la vida humana; explica con comentarios la sencilla doctrina de Jesús, de la que se apodera la imprenta, para colocarla desnuda de vestidura en las manos de todos. Reinando como

Aquí enseña la vejez de liberal.

reinaba sobre las almas, quiere reinar sobre los intereses; excomulga enviando al fuego eterno al que no obedece, y levanta hogueras materiales para el que se atreve á pensar libremente. La Iglesia, que fué antes una fórmula de progreso, no permite más progresos, y al concluir la edad media, tiene que ser herida por las protestas vivas de Inglaterra y singularmente de Alemania, que desconocen su autoridad, para emancipar al pensamiento y fundar la tolerancia: conquistas de que se aprovecha el renacimiento.

Así mismo y hablando de otros diversos adelantos alcanzados, vemos que aquella edad ofrece á la que le sucede, desde el molino de viento hasta el reloj, enriquece la química con reactivos antes desconocidos; dá á la ciencia el telescopio y exhibe la brujula maravillosa. Al lujo presenta los mágicos espejos, y las ricas telas de seda, y el marfil y el carey labrados. Regala á la mesa legumbres nuevas en el uso, la azúcar con su blancura y sus almíbares; la semilla de la pintada planta del café, que guarda para el temperamento humno el calor y la electricidad del sol ardiente que la produce.

Así se mira, pues, que cuando iban espirando esos tiempos, se resuelven tanto problemas mecánicos como filosóficos y que en

ellos se encuentran más factores para el bienestar y aumento de la vida; quedando tales progresos asegurados, según el decir de César Cantú, con la invención de la pólvora y de la imprenta.

“Espiró la edad media, dice ese historiador, (”) pero sin las inmigraciones de los bárbaros, Roma hubiera ocupado el mundo entero anulando las franquicias y el génio de cada país; tendríamos un inmenso Imperio al estilo Asiático, en lugar de tantas naciones que dan vida y movimiento á la Europa; mortal uniformidad en vez de esta variedad activa y fecunda que constituye el mérito de las edades modernas

“Espiró la edad media; pero ella encontró á Europa dividida en amos y esclavos y la deja con ricos y con pobres

¡Dolorosas son las emancipaciones, costosos los progresos; pero cada edad, cada siglo, trae sus nuevos contingentes á la civilización!

La humanidad, corriendo tras nuevos ideales, ya no tenía necesidad de ser guiada por una clase ó una Nación en su marcha al porvenir, rotos como quedaban los balladares que la detuvieran, principalmente en Europa, á la cual con especialidad nos vamos refiriendo.

["] Discurso sobre la edad media. [Historia Universal.]

do, pues como hemos expresado otra vez, no todos los pueblos marchan á la par en la senda del progreso, y hemos de concretarnos á lo más saliente que presenta la historia en las razas típicas, para poder ser breves en el bosquejo que trazamos.

Frescas auras anunciaban la época del renacimiento y en ellas alentaba la Europa, volviendo los ojos al pasado para tomar ánimo á fin de avanzar más y más.

La Europa, grupo de Naciones nuevas gobernadas por monarquías, incipientes aún, formaba una constelación brillante en el campo de la civilización, y sus fulgores radiaban en la inmensidad de la tierra.

Cada pueblo con su nuevo expresivo idioma, que determinaba su carácter, tradujo á él la ciencia para que fuese popularizada.

Los hombres habían repartido la tierra equitativamente, y libres en cierto modo y fuertes con las propiedades adquiridas, gozando de bienestar, podían dedicar tranquilos el ocio de su pensamiento á nuevas lucubraciones y á aspiraciones nuevas.

La necesidad del cambio del capital en la distancia, que requerían las múltiples transacciones, hizo crear la letra de crédito; la libranza que paga al negociador en ella un insignificante tanto, y los Judíos esparcidos por

todo el mundo, representaron principalmente el banco, donde el cambio de créditos se efectuara, sin reconocer obstáculos en la inmensidad que separa á los contratantes.

Las olas de oro que salían por el Golfo mexicano, corrían al Oriente, bañaban á España y se derramaban en chispas rutilantes sobre toda la Europa; aumentando tal riqueza, el crédito que la libranza requería, y por ende el movimiento del capital que fomentara la ciencia, la industria, y el arte, en sus ya entonces vigorosas expansiones.

Decíamos que el hombre, gozando de más bienestar, podía dedicar tranquilo el ocio de su pensamiento á aspiraciones nuevas. Efectivamente, la belleza se presenta en perspectiva á su mente y la busca en cuanto le rodea; y atravesando la edad media, se remonta á los romanos y á los griegos y resucita sus artes y hace sonar en sus aulas la voz de sus filósofos y de sus poetas; se inspira en ellos, y alumbrado por la claridad que derraman los clásicos sobre la belleza de la forma, ofrece á esta su culto, dándole vida al soplo espiritual del vigoroso sentimiento de la época.

Nueva literatura renace después de las vacilaciones consiguientes al crepúsculo intelectual, y el drama lleno de naturalidad y expresión, aparece en el campo de las letras.

La epopeya homérica había puesto en acción á los dioses, la tragedia á los héroes y el drama, más lleno de verdadera vida, mueve á los hombres con las pasiones que les son propias.

La nube misteriosa de los privilegios, que envolvía en lo antiguo el templo de la ciencia, había quedado desecha á la explosión luminosa de la imprenta, y la literatura y la ciencia se hicieron universales. La música que prisionera en la Iglesia había levantado solamente místicos acentos al cielo, fué libre y empezó á interpretar todos los sentimientos del espíritu.

La divina estatuaria antigua, á la evocación ardiente del hombre del renacimiento, sacude la capa de tierra en que por siglos estuvo sepultada, y presenta al Sol y á los ojos maravillados de las generaciones, sus gloriosas pálidas formas, que nunca el cincel volvió á igualar, pero que despertaron el más grande entusiasmo por el arte muerto que revivía.

¡Ah! los griegos habían inspirádose para llegar á tal perfección en su escultura, en una naturaleza encantadora, en la contemplación de la belleza desnuda ó con ligero trage velada, en una religión sensualísima y en la necesidad de elevar al apoteosis á sus estatuas.

que quedaban por lo bello divinizadas, y con un trono de adoración en el Olimpo!

El grabado enteramente nuevo, las copiaba con entusiasmo, y otras artes á la vez que el grabado vienen á la vida: el luminoso cristal de Bohemia expuso sus preciosidades que rivalizaron con las también modernas porcelanas de Sevres; la evanistería concurre al certamen presentando elegantes muebles; Utrecht y varias Ciudades de Flandes, mejoran los tapices antiguos; y vienen á aumentar el mosaico de las manufacturas, sus paños, sus terciopelos y sus cederías. Pero la singularidad de la época, fueron los preciosos bronces, los delicados y ricos objetos de platería y joyería; y en cuanto á la pintura, nunca tuvo tiempos más gloriosos.

La pintura al oleo fué creada, y ella llevó á la tela sus producciones resplandecientes: traía más fijeza, más colorido y transparencias llenas de luz; hubo en la pintura ya todos los tonos de la naturaleza, y se perfeccionó en la proporción, en la combinación y la variedad. En una época de fusión artística, tomó del paganismo la forma, y la idealidad, del espíritu cristiano.

La imagen del hombre común, por medio del retrato se hizo desde entonces eterna; que antes sólo á los héroes copiaba el esta-

tuario. Así contribuyó á la nivelación, ese bellissimo arte que tanto ilustrara el divino Rafael, y ese portento llamado Miguel Angel, pintor sublime que sintetiza en su personalidad, el movimiento artístico del tiempo en que viviera; pues con la fiebre por lo bello, cultivó tambien la escultura, y fué arquitecto, grabador y literato.

La arquitectura pidió como la escultura sus inspiraciones á la antigüedad, visitó sus monumentos y volvió tambien la vista á los más recientes de los Arabes, levantados en el Oriente y en España. La ojiva elevó al arco romano, y el estilo gótico dominando, resalta entre el dórico, el jónico y el bizantino; produciendo al fin la confusa mezcla una armoniosa unión. Y al conjuro de la arquitectura, brotó el palacio espléndido, que concentrara todas las bellezas de la época, cual si fuese su enciclopedia objetiva. Amplia habitación apropiada á la nueva complexa vida del hombre, abre el palacio al público su frontispicio ornamentado, y por grandiosa portada dá entrada á sus varios departamentos, donde se ven desde la biblioteca que ilumina al espíritu hasta el baño que refrigera el cuerpo. En aquellos departamentos lucen con arte presentados, los mármoles, las maderas preciosas, los bronce, el carey, el marfil y el oro;

plantas con gallas flores que perfuman el ambiente y halagan la mirada, en tiestos de porcelana se levantan, y cuadros llenos de esplendor ornan los muros. Todo lo reproduce el mágico cristal del espejo gigantesco, que finge más espacio y más luz con sus reflejos.

En tal mansión, la representante de la más hermosa mitad de la humanidad se contempla: la mujer, y las artes y las industrias, la han ido á buscar allí para brindarle sus más exquísitas producciones. Así la tela finísima de seda con su radiante prisma de colores, cubre sus formas delicadas, las esencias suavizan su piel y perfuman sus cabellos, y las perlas y los brillantes le sirven de diadema, como de celestial aureola, su ilustración, su gracia y su pureza.

La mujer ya sin traba alguna, siempre laboriosa, se instruyó y refundió en su tierno espíritu, lo más noble y lo más bello de la mujer de las épocas pasadas, para presentarse á la familia más conspicua, á fin de llenar debidamente en ella su misión.

¡Tal es el brillante miraje que presenta la época del renacimiento de las letras y las artes, ráfaga de aurora con que comenzó el tiempo moderno!

El renacimiento, sin embargo, no había

presentado á la humanidad sus bellezas sin haber sentido dolores. Luchas intestinas ó internacionales, encendidas en la hoguera de la ambición, habían promovido en general los Reyes, que de día en día fueron acumulando más poder, después que, ayudados por el pueblo, habían dominado al feudalismo; pues en su política ambiciosa, inclinándose unas veces al lado de aquel pueblo y otras al de los nobles, hijos de los Señores feudales, se dirigieron al poder absoluto, desentendiéndose de todos modos de la autoridad que aun pretendía la Iglesia con escaso éxito.

Para sostener las luchas y aquel poder más omnímodo cada día, se organizaron los ejércitos permanentes. El pueblo produce y sostiene los gastos todos, y la nobleza de que el Principe se rodea al fin, se hace plácidamente cortesana, de guerrera que había sido, y entretiene su ocio en el deleite.

La institución de la monarquía que empezó por ser un progreso, se desprestigiaba de tal modo en las postrimerías del renacimiento, se podría en sus abusos y en sus vicios, para que fecundizara con semejante abono, otra forma de Gobierno á que necesariamente había de servir de precedente.

“Es el pasado, dice un célebre historia-

dor, (") una serie de emancipaciones lentas, difíciles y dolorosas, pero seguras.” Y hablando de la época del absolutismo monárquico exclama:

“Las clases privilegiadas, los derechos señoriales, las exenciones del clero y las corporaciones, las pretensiones de Roma los parlamentos fueron sucesivamente destruidos haciéndose absolutos é incondicionales los Gobiernos; pero con esto quedaron fren á frente de los pueblos, los cuales aprendieron á conocer sus derechos mientras llegaba la hora de reclamarlos.”

VIII.

Hemos llegado á la época moderna; en el reloj de los tiempos sonó la hora solemne en que las generaciones á que pertenecemos, pasen sobre la tierra recogiendo el rico legado de las anteriores, á fin de, con esos preciosos elementos, cumplir su destino, para desaparecer después, dejando á la posteridad cuanto hemos recibido por herencia, aumentado con el contingente de nuestras conquistas. Recorramos la vista sobre ellas.

La evolución política preparada por antecedentes históricos, se desarrollaba en Europa en los términos que hemos indicado, y la persecución arroja de allá á los puritanos ingleses hácia la América, llegando esa avanzada de la civilización á un país salvaje lleno de riquezas, con el equipo que le prepararan todos los progresos humanos; y raza activa y emprendedora aquella á que semejantes hombres pertenecen, hace una Nación poderosa

del campamento, donde había desplegado la tienda de campaña la noche anterior, y sin tener que combatir antiguos sistemas, que siempre sirven de rémora á las nuevas doctrinas, sin lucha implanta las que trajera de allende el mar. Llegando á ser aquella nación la gran República norteamericana, donde la libertad é igualdad predicadas por el cristianismo, habían de ser definitivamente sancionadas por las leyes, y donde el bendito trabajo hiciera brotar tesoros al contacto de su vara mágica.

El inmenso mar Atlántico que la Europa de la América separa, se puebla con naves de todas las Naciones; y ya sus olas no sólo tienen que trasportar los navíos españoles, que venian á llevar oro y más oro de sus colonias, extendidas desde México hasta el Cabo de Hornos, sino que columpian sus aguas todos los productos de un noble cambio. Desde el uno al otro lado del Oceano Atlántico, ya dos civilizaciones se saludan, enviándose en amistosa reciprocidad cuanto de una y otra parte pudiera concurrir al adelanto.

El trabajo garantizado por la ley y á la sombra de la libertad americana, produjo el bienestar, que es el objeto principal de las sociedades.

Pero seducidos por el entusiasmo que

nos inspira el progreso de la América, nos adelantamos en el orden de nuestra exposición, cuando los acontecimientos europeos nos exigen retroceder un tanto para no ser confusos.

En la Europa, surgía por todas partes la necesidad del cambio político, y los tronos carcomidos vacilaban al viento de la idea filosófica.

La avidéz por el conocimiento de cuanto produjera el pasado, despertándose hambrienta en la mente de los pensadores, formó la enciclopedia, que abrazó todos los conocimientos, aunque fuera en lo muy esencial, con la rapidez de un anhelo laudable. A la filosofía, á la literatura, tocaba efectuar un movimiento intelectual, que había de poner á la generalidad de los hombres en la condición de abarcar de un modo sintético, el conjunto de los diversos progresos, salpicado de brillantes verdades y de liberales doctrinas, inspiradas en los sentimientos y en el calor de la época, y exacerbadas por las necesidades del momento.

Los derechos del hombre fueron vislumbrados: la Inglaterra se levanta proclamándolos; mas la aristocracia allí, unida con el pueblo, había acabado por moderar los anhelos de este y limitar sus impulsos.

Era preciso que un pueblo ardiente, ca-

páz de ofrecer su sangre en aras de la idea, tomara después la iniciativa, y Francia lanzó en el continente el grito de libertad, que sopló terrible como huracán hácia los cuatro vientos; pero después del paroxismo producido por la sorpresa, se organizan por todas partes para la lucha los elementos conservadores de lo antiguo.

Fué preciso entónces, que el genio de la guerra apareciera con todo su terrible esplendor, iluminado por la llama de los cañones atronadores, coronado por sangrienta aureola, llevando en las manos la bandera flameante de la revolución francesa y la espada relampagueadora de los triunfos. A su paso se desquician los tronos del absolutismo y brotan entre sus ruinas después las monarquías constitucionales . . .

La espada del Marte moderno se rompe en Waterloo, y cumplida su misión, Napoleon muere en medio del oceano, prisionero en la solitaria roca de Santa Elena.

¡La terriblemente hermosa ficción del Prometeo mitológico, es pálida ante el real cuadro que presenta la agonía de ese coloso sublime, que se sacude impotente, devorado por gigantes tristezas, en medio de la muda inmensidad . . . !

Pero velemos con enlutado crespón esa

titánica figura y prosigamos nuestra reseña.

Las monarquías constitucionales significaron una de las evoluciones políticas más importantes, aseguradas por un pacto escrito en que se reconoció el derecho del pueblo para ser representado en los parlamentos, que tuvieron la facultad de legislar á su nombre.

La República americana, que se había independido de la metrópoli inglesa, para darse sus libres instituciones propias, y la revolución francesa por otra parte, mueven el espíritu de las colonias españolas del Sur de América, y rompiendo éstas el yugo, forman otras tantas Repúblicas modeladas en la del Norte; mas como no tuvieran sus habitantes los mismos apropiados antecedentes para la vida de la libertad, les cuesta sangre su atrevido ensayo, para conseguir el fin propuesto, alcanzado después de cruentos sacrificios; y queda en definitiva en este nuevo mundo, reinando la igualdad entre los hombres, y preparado de este modo el rico, el inmenso continente americano, para ser el teatro donde se desarrolle la civilización del porvenir. Ella ha marchado siempre de Oriente á Poniente y en la América tiene de efectuar su gran etapa para dar vuelta al planeta.

El Papado queda en tanto casi restringido á su misión espiritual; mas volvamos la

vista á otro orden de progresos realizados en los dos últimos siglos.

Las bellas artes con su prisma de colores celestiales, sus fantásticas creaciones materiales é intelectuales y sus acentos armoniosos, ofrecen todas sus bellezas á los tiempos modernos.

La mecánica poderosa multiplica cuanto la pintura y la escultura presentan, y lo reparten á todos los hombres, cualquiera que sea su fortuna, pues por virtud de la gran economía del trabajo, que consigue, disminuye el precio de los más espléndidos cuadros y de las estatuas más hermosas.

La ópera se levanta sobre el drama, y allí donde el alma no alcanza por medio de la palabra hablada á expresar la sublimidad de un sentimiento, en musicales notas, que suspiran como brisas ó que rugen como torrentes, se dilata en ondas armoniosas, vibrando en los espíritus con electricidades que arrebatan al éxtasis divino.

La fotografía hace entrar en sus combinaciones á la luz, se apodera de cuanto refleja y lo estampa indeleble sobre el vidrio primero y sobre el papel después; reproduciéndose de manera tal la imágen del hombre con entera perfección, á virtud de un trabajo momentáneo.

La máquina de coser levanta el yugo agoviador que pesara sobre la mujer humilde. Las artes útiles abaratan todo cuanto es necesario á la vida, por medio de esa economía del trabajo á que se encaminan con rapidez increíble en la época presente; y así el hombre pobre de hoy puede gozar de bienes, que en los siglos primeros no era dado ni á los poderosos.

Tienden por tal manera todas las cosas á estar al alcance de todas las fortunas, pues como se vé, cada progreso procura más y más la nivelación entre los seres humanos, produciendo al mayor número mayor suma de bienes.

Reflexionando sobre todo esto, se advierte con claridad, cómo cada adelanto conspira en favor de la democracia, llevando á las manos del rico y del pobre todas sus conquistas, alcanzadas ya en la esfera del derecho, ya en el mundo de la idea ó de la materia; y por tal suerte y á cambio del trabajo constante de las generaciones, se cumple la promesa del Cristianismo.

La filantropía, que produjo el altruismo del renacimiento, se apodera de los espíritus, y para los menesterosos se crían instituciones de beneficencia y se levantan el monte de piedad, los horfanatorios, hospicios y hospitales.

Para los criminales en vez de patíbulos se edifica la Penitenciaría, que debe regenerarlos.

La instrucción se enciende en todas las luces para iluminar á todos los hombres sin distinción; queda á cargo del Estado, y este gratuita la reparte y la atiende de toda preferencia, y abre Institutos, Bibliotecas y Museos; sin descuidar las mejoras materiales, en que así se ocupa del establecimiento de correos como de los paseos, puentes y vías de comunicación, en que el comercio abundoso se derrama. Y no más, pues, la esclavitud, la enfermedad ó la ignorancia, serán las nubes de negrura espantosa que oscurezcan el espíritu del hombre, que hay una ley moderadora para todos los abusos, un camino y un apoyo para todas las aspiraciones del pensamiento y un alivio para todos los dolores. Y sin embargo, en nada se alcanza aún la perfección y la humildad sigue adelante

La mujer de hoy, tan identificada está con la vida del hombre, que al hablar del hombre género, se abarca sin salvedades á los dos sexos, que se completan amorosamente, con lo que uno tiene de fuerte y el otro de bello; el uno de sentimental y el otro de pensador, formando en armonioso conjunto el ser humano con todas sus excelsitudes.

La libertad, la igualdad y la fraternidad,

santa trilogía ofrecida por el Cristianismo á la civilización, van haciéndose campo en nuestras costumbres y en nuestras instituciones, después que vivieran por muchos siglos, como un ideal luminoso en nuestras almas.

Censure, pues, el pesimista deteniéndose en los detalles, los hechos que presenciamos siempre serán más elocuentes y provechosos que sus quejas infecundas.

Que diga el ateo que no hay Dios; la humanidad, haciéndose meritoria por el trabajo, marcha hácia el fin glorioso á que por El fué destinada.

La ciencia en el Siglo XIX, en que vivimos, deja de ser abstracta y se extiende entre el mayor número y sirve prácticamente á todas las manifestaciones del espíritu, simplificando el trabajo de tal suerte, que obras encargadas á los siglos, las puede desempeñar una generación.

Contemplemos si nó, el milagro de la unión de dos mares que el comercio fecundizan con su unión; pero lo más sorprendente, y con lo cual las distancias y las diferencias desaparecen entre los hombres, es la fuerza del vapor puesta á su servicio, para conducir, devorando los espacios, las anhelantes viajeras poblaciones por los mares y la tierra; y esa fuerza que estrechara hasta los más remo-

tos pueblos en amistoso abrazo, no se desdigna de servir á la mecánica modesta, bajando á los talleres para que se multiplique la producción de sus obras, abaratándolas más y más.

¡Más ah! el rayo también fué dócil prisionero del hombre actual, y sirve de mensajero á su palabra, que en alas tan veloces, en instantes recorre la extensión del mundo.

¡El vapor, el telégrafo, grandes portentos del siglo actual, cómo han servido á la civilización y cuánto, cuánto servirán después!

Por el vapor, de continente á continente, de mar á mar, no hay más que un paso, y todo el planeta es ya la patria del sér humano, y de todas partes toma los mejores productos para engrandecer su vida. Por el telégrafo, la voz del hombre propaga en un instante la buena nueva, hace estremecerse en un mismo sentimiento y en el momento mismo á todos los séres repartidos en la ancha tierra, cual si los espíritus de todos fueran un solo espíritu.

Ante la contemplación de tanta grandeza, es impiedad no reconocer que el Siglo XIX cumple con su misión bendita en la obra del progreso.

La electricidad le dió su luz esplendorosa, y se ilumina vívidamente con sus fulgores este siglo gigante, al correr sus últimos años, cual si quisiera exhibirse con todas sus gloriosas conquistas, á la contemplación de la eternidad, antes de hundirse para siempre en ella.

IX.

Hemos concluido; pero lancemos la última mirada sobre el bosquejo que acabamos de trazar. Allí está el áspero camino recorrido por la humanidad, y se presenta á nuestra mente, en melancólicos mirajes de oscuras lontananzas, la peregrinación sublime efectuada con afán de gente en gente. Entrevemos primeramente velado por la sombra de los siglos, al hombre primitivo, apareciendo desnudo, tímido en el escenario de la vida, sobre una tierra estremecida todavía por los cataclismos de la creación. Alimentado primero por los vegetales, se hace después cazador para satisfacer su hambre, armándose al efecto con la flecha y cubriéndose con la piel de la fiera, que cae al golpe de sus armas. Y lo divisamos más tarde docilitando, apacientando el rebaño, que le asegura la ración humilde; y después vestido con el vellón de la oveja, fabricando la casa, labrando con afán la tierra. Forma, por último, la pacífica tribu agrícola, que acosada por la guerrera, al fin

se vé obligada á unirse con las vecinas para erigir con semejante unión la embrionaria Ciudad, donde se verifica la división y el cambio del trabajo entre los hombres; progreso importante que sirve de piedra angular á progresos inmensos, porque en la Ciudad, nace la industria y el arte, dá sus primeros vacilantes pasos el hombre en la vida pública donde se busca el bien procomunal; y en tal compleja población, á virtud del cambio, pueden vivir, sin ocupar todo su tiempo en el combate por la vida, algunos seres, que al tener descansos, dedican el ocio del cuerpo á la divina labor del pensamiento, que había de ser el luminar que sirviera de faro á las sociedades.

Miramos en confusa lejanía á la India Oriental, y allí al sacerdote recogido, meditabundo, entregado á la abstracción, y advertimos que llega por sus aptitudes intelectuales á formar la primera clase social de esa Nación, donde se desarrollan entre los pueblos que la forman, las manifestaciones de la vida, encerradas primero en la tribu y luego en la Ciudad aislada; y contemplamos á ese sacerdote indio que petrifica después aquel estado de cosas por siglos y siglos, una vez que, sentado en el solio del poder, le bastaba lo por él alcanzado, para conservar su denominador prestigio.

Aparece en esbozo á poco el cuadro del Egipto, recorrido por el pródigo Nilo, que ofrece abundancias por donde pasan sus bullidoras linfas, entonando con sus murmullos cántigas divinas: miramos á ese Egipto dando un paso más en los adelantos humanos, gobernado también como la India, por la influencia de la ilustrada clase de sus sacerdotes, que cultivan las matemáticas para medir las tierras y el tiempo, para crear la arquitectura, que había de modelar las gigantes pirámides, que al través de los tiempos, vendrían á ver perecer á sus pies las generaciones actuales, para seguir mudas contemplando las del porvenir.

La atrevida caravana del persa con sus camellos, sus caballos de guerra, atravesando el desierto, donde á veces muere al ardiente soplo del huracán, se nos presenta bien luego, en lejana melancólica perspectiva, comunicando á todos los pueblos del Oriente, entre los cuales extiende el comercio, hasta llegar á las costas del Mediterráneo; y ese comercio, maravilloso productor, que cambia las excedencias del uno con lo que al otro falta, que une los productos distintos y los combina para multiplicarlos, deja como un mago, regadas por donde pasa, regias Ciudades como Babilonia, donde se dan cita las razas para efec-

tuar el cambio de las mercancías, como el de los conocimientos y hasta el de la sangre, que para vigorizarse, amorosamente se cruza entre las ignotas gentes.

Luego el audaz, el activo fenicio aparece desprendiéndose de las costas Orientales, sobre las ondas azules del Mediterráneo, que surca en gallarda embarcación de blanca vela, soplada por las brisas; siendo aquella nave el símbolo de las esperanzas de un pueblo activo y entusiasta, que había de atravesar inmensos mares, arrancar sus riquezas á las remotas playas, encontrar el ámbar y el oro, fabricar la moneda, para facilitar el comercio infinitamente, cimentar con ella el ahorro, que había de acumular el capital, que, pudiendo ser legado de padres á hijos, serviría para al través del tiempo rescatar á los pósteros de la miseria; pueblo que al extenderse necesitó de un signo para comunicarse, salvando la distancia, y que urgido por esa necesidad, reformando el pesado geroglífico del Egipto, escribió la letra, que había de retener la palabra, en el papiro, para ser enviada á todas partes y para que, recogiendo todos los conocimientos, viniera á decirnos con verdad á los hombres de hoy, todos los secretos del pasado. Pueblo laborioso que se perfeccionó en las artes conocidas, que aprovechó la fuerza de los

animales domesticados, la de los metales, y que puso al servicio del hombre los elementos, para extenderse en el espacio y en el tiempo, usando de las herencias que le legaran las generaciones que le habían precedido, pues cada una contribuyó con sus conquistas á semejante estado de civilización.

Grecia, Roma, vienen más tarde al escenario del progreso, y al pasar la mirada por este otro gran período de la vida humana, vemos la risueña Grecia, como á una Diosa entrevelada por la azul bruma trasparente, que levantan al cielo los mares que sus plantas acarician, derramando de sus divinas manos las artes, que encienden en el espíritu humano el amor por lo bello, y cantando con acento rítmico, himnos que llenan la tierra de armonías.

Vemos á Roma guerrera, armada de brillante casco, y ferrea lanza, disciplinando á las razas salvajes, uniendo á los pueblos bajo su dominio, imponiendo el derecho, asimilándose todas las civilizaciones para repartirlas mezcladas en armonioso conjunto sobre sus colonias, que abrazaban el mundo . . . Y luego, tristemente contemplamos decaer el Imperio Romano; y envueltos en el polvo que levantan, con sorpresa vemos á los bárbaros invadir y asolar la Europa, y surgir

como garantía en medio de la destrucción general, la cruz del Cristianismo, que convierte á la nueva religión á los invasores, quienes acaban por cimentarse en el país, que en feudos se divide, levantando cada cual en su feudo un castillo amurallado que le diera seguridad; y al pié de estos castillos, como al de los conventos de los predicadores cristianos, miramos rodearse á los desvalidos, que fuertes más tarde por el trabajo, hacen renacer las industrias y las artes destruidas; bariendo los castillos de los dominadores, ayudados por los monarcas, precisamente cuando la pólvora se inventa y sirve de rayo al hombre; cuando la imprenta viene á iluminar todas las inteligencias, cuando por las inspiraciones de Colón, crecía inmensamente el mundo con el descubrimiento de la América, llena de maravillosos tesoros y cuando se ampleaba también inmensamente el cielo, tachonado de nuevos y más espléndidos astros, debido al telescopio de Galileo.

Al soplo ardiente del renacimiento, y con el fomento que imprimieran las riquezas materiales é intelectuales, acumuladas por tantas generaciones y por el contingente abundantísimo del oro americano, en explosión de vigorosa nueva vida, se iluminan las bellas artes y radian en manifestaciones espléndidas; se desentierran las olvidadas belle-

zas griegas; la pintura al oleo crea otro mundo, al suave toque de pincel divino, y la arquitectura construye los palacios de mármol, de oro y de cristal.

Y llegamos á la edad moderna, que con la mecánica reproduce y abarata cuanto á la vida del hombre es necesario, y de tal modo, que el hombre comun de hoy, goza de bienes que nunca imaginara el poderoso que viviera en los pasados siglos; época en que la filantropía abre establecimientos de caridad para el menesteroso, en que la instrucción se brinda sin distinción á todos los hombres; en que la libertad, la igualdad y la fraternidad, ofrecidas por el Cristianismo, tienden á ser un hecho, sancionado por las leyes, haciéndose campo en nuestras costumbres, después de quedar en los tiempos pasados ahogadas en la sangre de generaciones anteriores, la esclavitud, la servidumbre y la ignorancia. Llegamos á la edad moderna, en que todo lo bello y bueno de las edades pasadas alienta con más vigorosa vida, que le ofrecen los múltiples elementos del día. Llegamos á la edad moderna en la que en alas del vapor vuela el hombre por los mares y por la tierra, siendo su patria el planeta entero en que se enseorea; haciendo que le sirva el rayo para enviar su palabra por todas partes; rayo al que arrebatada su eléctrica luz para alumbrarse con vívidos esplendores cuando el sol se oculta.

¡El vapor, el telégrafo, no léjos estrecha-

rán en amistoso abrazo á todos los pueblos de la tierra, que gozarán así una misma civilización al fin, para bien de la humanidad, que tan áspero camino ha recorrido, para conseguir estos progresos y para seguir siempre adelante . . . !

Hemos concluido; y al compilar, á la evocación del recuerdo, hemos visto levantarse todas las edades del polvo en que yacen; y las hemos visto á cada una, desde la débil primitiva hasta la gigante moderna en que alentamos, ir dejando su costosísima sagrada ofrenda en aras del progeeso humano, que hace al hombre actual el verdadero rey de la creación. Costoso progreso, al cual han contribuido solícitas, anhelantes como hemos contemplado, todas las generaciones por los siglos de los siglos. ¡Benditas mil veces sean!

¡Oh razas muertas! Desvanecidas en la distancia, palidecidas por el tiempo, confundidas en el rudo combate por la vida, os hemos visto enternecidos en el gigante panorama de la historia, iluminadas por los melancólicos fulgores de nuestra gratitud, y hemos oído vuestros acentos solemnes, que nos dicen cuanto habeis luchado y sufrido, para realizar las conquistas que habeis legado á las generaciones actuales y del porvenir.

¡Cómo os debe bendecir cada hombre por el bien que goza y que entre todas fuisteis trabajosamente acumulando; derramando pa-

ra ello vuestra sangre, esforzando vuestro pensamiento, agotando en el trabajo vuestras fuerzas, para caer en tierra, desechas en el bendito polvo que pisamos . . . !

Mañana nuestras cenizas se confundirán con las vuestras, y nuestros hijos nos bendecirán también, ya que hemos cumplido nuestra misión . . . !

Y en tanto, la humanidad sigue su glorioso destino del progreso por el trabajo, hasta divinizarse, hasta llegar al seno del Hacedor, dilatándose en lo infinito y en lo eterno, como debido á sus méritos, se ha extendido hasta hoy en el tiempo, por la historia y la previsión que ella suministra, y en el espacio, por toda la ancha faz de este planeta, que vuela en el gran escenario del Universo, donde lo abrillantan y doran las cascadas de luz que derraman otros astros, y donde lo envuelven los inmensos cortinajes del firmamento, en que suenan las celestes armonías del inmenso himno de la creación!

FIN.

UNIVERSIDAD AUTÓNOMA DE NUEVO LEÓN

DIRECCIÓN GENERAL DE BIBLIOTECAS

